

EDICIONES BIBLIOTECA FILMI
- Serie Especial -

Editorial **Alfa**

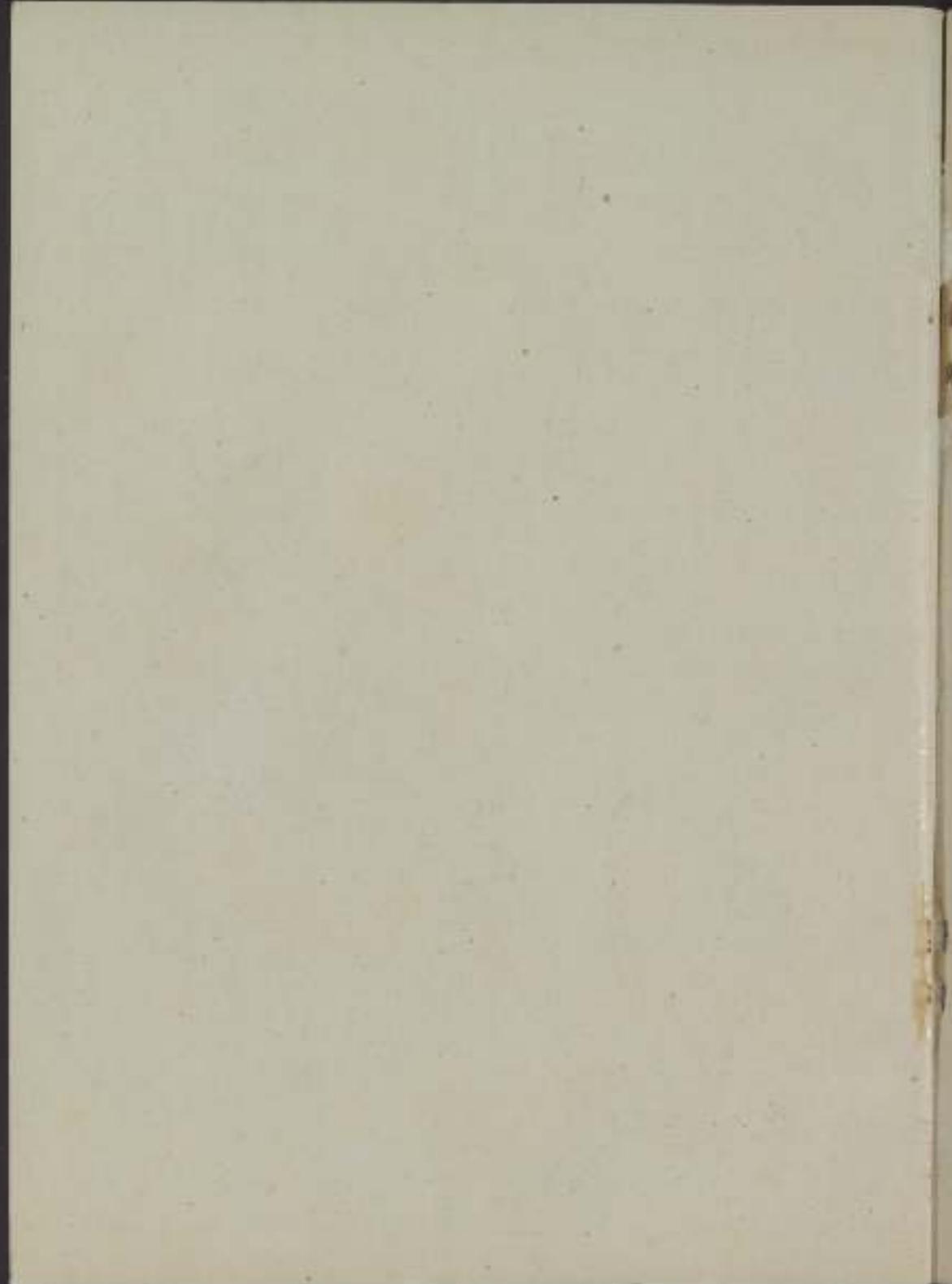
QUE Lindo es MICHHOACAN

(EL PARAISO DE MEXICO)



*Tito
Guizar*

GLORIA
Marin





QUÉ Lindo es
MICHOACAN

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 20657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbosa, 10, Barcelona - Tercera y Madrid

EDITORIAL
"ALAS"
▼ ▼ ▼

AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NUM. III

NUM. 360

¡QUE LINDO ES MICHOACAN!

La pedantería de la rica heredera y sus desplantes han sido tema de muchas novelas y películas. Generalmente esas muñecas mimadas de la fortuna encuentran quién se cuida de situarlas en su centro y darles a entender que en la vida hay algo más que dinero. Fatalmente interviene el corazón, que no todas lo tienen de metal, y quieras que no han de plegar velas sucumbiendo a los dardos de Cupido.

Casa distribuidora para la región Centro y Cataluña:

EXCLUSIVAS HUET Valencia, núm. 274
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Ernesto Morales</i>	Tito Gulzar
<i>Gloria Santibáñez</i>	Gloria Marín
<i>Gastón</i>	Ángel Garasa
<i>Roque Saigza</i>	Victor Manuel Mendoza
<i>Chachita</i>	Evita Muñoz
<i>Nana</i>	Dolores Camarillo
	Tariacuris
<i>Guitarristas</i>	Tamaulipecos
	Tasqueños
	Trovadores nortños
<i>Coros</i>	Madrigalistas

Director:
Ismael Rodríguez

Narración literaria por
Marcos Estrada

UN ALTO EN EL CAMINO

Cuando Gloria Santibáñez, hija única del primer propietario de Pátzcuaro y Michoacán, entró en posesión de todos sus bienes por defunción de su padre, es muy posible que una muchacha de tipo distinto a Gloria se hubiese ocupado inmediatamente de recorrer sus fincas, entrevistarse con abogados y procuradores para saber el estado de su hacienda.

Gloria no hizo tal. Sabía perfectamente que su patrimonio era tan rico, que no había por qué apurarse, puesto que los mismos administradores que tenía su padre conservarían ella, y dedicó los primeros meses de su orfandad, ya que tampoco tenía madre, a recorrer Europa, con cuyo pretexto se haría más llevadero el riguroso luto que debía guardar. No se trata de insinuar con esto que Gloria no hubiese sentido la muerte de su padre. La sintió y mucho; pero la juventud no puede pasarse la vida llorando, y Gloria pensó que, ausentándose de la ciudad de Méjico, lograría más fácilmente aliviar la pena que pesaba sobre su corazón.

París fue su meta inicial para remozar su equipo, y también allí adquirió una joya en la persona de un cocinero, un auténtico «cordon bleu» que, según le dieron a entender en el hotel donde se lo recomendaron, era de lo mejor que andaba por Francia. Había servido a reyes y príncipes; pero en aquel momento estaba ce-

sante. Opinó Gloria que no podía despreciarse una oportunidad como la que representaba poder adquirir los servicios de tan afamado maestro de fogones, y lo enroló a su personal doméstico convencida de que se trataba de una ganga. Gastón, que así se llamaba el interesado, a partir de aquel momento, con su cara larguirucha y bigotes de franchute, viajó con Gloria, a quien también acompañaba un chofer.

Cuando Europa ya estuvo recorrida de norte a sur y de este a oeste, Gloria opinó que tal vez sería cuestión de pensar en el regreso y su soberbio ciento veintidós caballos surcó las autopistas alemanas, las atildadas carreteras alpinas de Suiza, cruzó la frontera francesa, y después de dar otra jira por los salones de Worth, Schiaparelli, Lewis y Reboux, con tanto equipaje como una princesa en viaje oficial, Gloria, en su auto, acompañada del chofer y el cocinero Gastón, esperaba en el muelle de El Havre al trasatlántico gigante que en cinco días cruzaría el mar, desembarcándola en Nueva York. De allí, y otra vez por carretera, cruzaría el Continente americano hasta llegar de nuevo a su querido Méjico.

Pensaba con ilusión en el regreso a la patria. El pesar de la muerte de su padre se había ido disipando poco a poco, y al llegar a Méjico, ya nadie la criticaría si sonreía y estaba alegre como correspondía a una muchacha bella y joven como era Gloria.

Y así fué. Quince días después se hallaba instalada en su casa de Méjico, explicando a amigos y parientes sus andanzas por Europa.

El abogado de su padre, que fué uno de los primeros que pasó a visitarla, aunque sin reprocharle, le recordó que si había podido disponer de tanto tiempo para recorrer Europa, no sería de más que diera un vistazo a sus fincas de Pátzcuaro y Michoacán, donde la ausencia del señor Santibañez y la indiferencia de su hija por todo aquello podría redundar en que los arrendadores olvidaran sus obligaciones contractuales.

—No me tocará más remedio que ir por allí. Iré y muy pronto.

Tranquilizado así el hombre de leyes, presentó sus respetos a la damita y ésta pensó en lo aburrido que sería todo aquello de Pátzcuaro con sus bosques y sus leñadores, sin un alma civilizada

con quien cambiar una palabra; Bien es verdad que allí encontraría a su vieja ama, que todavía cuidaba la casa, para tenerla en orden siempre que el señor Santibáñez se acercaba por allí; pero, por lo que respecta a Gloria, desde muy niña, que pasó en Pátzcuaro un verano, no había asomado la cabeza por aquellas tierras, que ella consideraba casi salvajes.

«Iré, iré, con Gastón y el chofer; no es necesario que lleve más servicio, porque la Nana me lo echaría en cara; si me llevara una camarera, creería que es un desprecio de sus servicios—decía para sí Gloria haciendo planes para la marcha—. Luego he de pensar en qué ropa me llevaré. Creo que con un vestido de chaqueta y otro de «slacks»... aunque es posible que les choque ver una muchacha en pantalón por aquellas tierras, pero no me importa; para alternar con leñadores y gentes de la sierra, todo resulta demasiado elegante. Bueno, partiremos dentro de dos días.»

Gloria hizo avisar al chofer.

—¿Qué desea la señorita?

—Que tengas el coche preparado para salir pasado mañana, a primera hora. La jornada es un poco larga y no quiero andar con precipitaciones. Vamos a mis fincas de Pátzcuaro. Cuida de que el coche no falle; procura darle un repaso hoy mismo. Voy sola contigo y Gastón, y allí ya encontraremos servicio.

—A sus órdenes, señorita.

—Avisa a Gastón.

El cocinero se presentó con su gorro blanco y una inmensa cuchara de madera surgía del amplio bolsillo de su immaculado delantal.

—«Mademoiselle»...

—Sí, Gastón, marchamos pasado mañana, a primera hora, y usted viene conmigo. Se trata de una excursión a mis fincas, y aunque allí hay servicio, la cocina ha de correr a cargo de usted.

—«¿Fincas de montagne, mademoiselle?»

—Sí, de montaña, y mucha montaña. No vaya a creer, Gastón, que estaremos en una ciudad con calles asfaltadas y provistas de todo. Allí pondré a prueba sus méritos de gran cocinero. Tendrá que despabilarse, porque hay pocos elementos,

—«Mademoiselle» quedará «enchantée» con mis guisos en la «montagne» igual que en la ciudad.

—Bien, ya lo veremos. Prepare todo lo que quiera llevarse.

—«Merci, mademoiselle, merci.»

«Ya verás la que se te espera en aquel rincón de mundos», pensó Gloria divertida al recordar la rusticidad del sitio adonde se dirigiría dentro de dos días.

Las dos primeras jornadas transcurrieron sin ningún incidente digno de mencionar, y tanto sus servidores como el coche se portaban bien. Gloria iba muchos ratos al volante, porque esto distraía la monotonía de un viaje por carretera.

Cuando se hallaban ya a muy pocos kilómetros de Pátzcuaro y conduciendo Gloria todavía a una loca velocidad, torció mal un viraje y el coche se atascó en la cuneta, siendo imposible sacarlo de allí por su solo esfuerzo.

—Hay que sacar este coche del atolladero en que se ha metido—exclamó Gloria.

El chofer opinaba que quien había metido allí el coche era su ama y no el vehículo solo; pero las grandes verdades quedan siempre sin pronunciar. No era ningún atleta el mecánico, y mucho menos el cocinero; así es que, por más esfuerzos que realizaron, el auto permanecía inmóvil, como si aquellos dos hombres sólo le hicieran cosquillas.

—No hay que pensar en pasar aquí toda la noche—decía Gloria exasperada.

—Pues no atino cómo podremos sacarlo—comentaba el chofer—, porque ya se ha visto que no tenemos fuerza suficiente.

—¡Qué contrariedad!

—Si se pudiera llegar al pueblo andando y pedir que vinieran con unos caballos a ayudar...—insinuó el chofer.

—Hay demasiada distancia todavía para ir andando, y no quiero que me dejen en la carretera; hagan otro esfuerzo. Vamos, Gastón, energía.

Ya podía atizar Gloria y animarles; el coche era un plomo que no conseguirían mover un hombre ni cuatro.

—¿Qué hemos de hacer entonces?—preguntaba Gloria impaciente.

Los dos servidores no se atrevían a decir nada por no exasperar más a su señorita, que ya estaba a punto de estallar.

El paisaje, por allí, era encantador. Los bosques de corpulentos árboles junto a la carretera ya indicaban que estaban cerca de la región maderera de la que era propietaria Gloria; pero toda esta belleza pasaba inadvertida por los tres viajeros, que temían tener que pernoctar debajo de uno de aquellos árboles.

Un jinete apuesto y simpático que cabalgaba a regular distancia se dio cuenta de que había un coche parado y en aparente apuro. Pico espuela a su caballito, y con un galopé ligero y señorial, en pocos instantes, estuvo al lado del auto. Examinó a la pasajera, que no le pareció mal, y preguntó qué les ocurría. Gloria cerró la boca.

—Se ha atascado en la cuneta y no podemos sacarlo—explicó el chofer.

—¿Es decir, que con ciento veintidós caballos no pueden marchar ustedes?

Dió una mirada a Gloria, y acercándose más al coche, le dijo:

—Ofrezco a usted mi colaboración desinteresada.

La simpática insolencia del jinete molestó a Gloria.

—Muchas gracias, no la necesitamos; mis hombres podrán sacar el coche de la cuneta.

—Como usted quiera; usted, con ciento veintidós caballos, no puede marchar y yo, con uno solo, voy al galope; adiós.

Púsose en marcha el joven, saludando irónicamente a la ofendida dama, y el chofer y Gastón quedaron desolados al ver que huía lo que podía ser una ayuda segura.

—No se queden ahí parados; vamos, intenten de nuevo mover este coche.

¡Como si no lo hubiesen probado ya infinidad de veces!

—No se mueve, señorita; no hay quien lo mueva. Es lástima que no haya aceptado la ayuda de aquel jinete—dijo respetuosamente el chofer.

—Si no hay otro remedio, llámele.

No se lo hicieron repetir dos veces; y el chofer y Gastón gritaron con toda la fuerza de sus pulmones para atraer la atención del que se iba; aunque lo suficiente despacio para no perderse de vista.

Dió media vuelta al caballo y, con un trote cochinerico, se acercó de nuevo al auto.

—¿Es a mí a quien llaman?

—Sí—repuso Gloria secamente.

—Como que antes me dijo que no me necesitaba...

—Debe ayudar a mis hombres a sacar el auto de la cuneta.

—¿Sí? Pero es que yo no recibo órdenes de las señoritas viajeras ni trabajo gratis.

La insolencia del joven no podía ser más audaz y Gloria, de buena gana, le hubiese tirado por la cabeza el bolso que llevaba en la mano. Mientras ella vacilaba, él daba vueltas al coche moviéndose sobre la silla con la agilidad de un caballista consumado, y como si el caballo adivinase que su amo quería lucirse ante aquella indignada dama, se empujaba y se colocaba en las más elegantes posiciones para demostrar su fuerza y arrogancia.

Todo daba a comprender a Gloria que no tenía más remedio que sucumbir ante el jinete y el caballo, por lo que en su tono más airado preguntó:

—¿Cuánto quiero?

—No pido dinero, señorita. ¿Cuánto quiero?...

La mirada que el jinete dió a Gloria no dejó lugar a duda, y él, con gran aplomo, contestó:

—¡Tres besos!

Gloria ahogó un grito en su garganta y los dos criados tuvieron mucho trabajo para aguantarse la risa. El momento no podía ser más difícil; pero de rechazar ahora los servicios del caballista, significaba pasar la noche en el camino y exponerse a que si ahora tenía que discutir con un galán audaz, se exponía a que más tarde se tratara de un bandido auténtico que les quitará todo lo que llevaban.

¡Pero era imposible aceptar semejante trato! ¿Qué se había creído el insolente?

—Señorita, decidase—dijo el jinete—; le aseguro a usted que es un precio de barata, porque el coche es pesado. Le doy la última oportunidad... me marchó y ya se las compondrá usted con estos dos atletas que la acompañan—dijo riendo y picando espuela.

—«Mademoiselle», no es posible; «vous savez» cuántas veces lo hemos probado.

Una idea cruzó por la mente de Gloria, y la hizo sonreír.

—Bien, llamen a aquel insolente.

—¡Eh, eh, caballero!—gritó el chofer.

Se paró el caballo, que andaba a muy poca distancia aún, y desde donde se hallaba, preguntó:

—¿Me buscan a mí?

—Sí, vuelva, por favor—contestó el chofer.

Al instante se colocó de nuevo junto al coche esperando órdenes de la dama. Mientras tanto, Gastón y el chofer sacaban una cadena de la caja de herramientas para sujetarla a la silla del caballo y salir de allí de una vez.

—¿Usted dirá, hermosa pasajera?

—Ha ganado usted, acepto su proposición.

—Va usted, tres miserables besitos y se acabó.

Gloria permaneció seria como si no le hubiese oído.

—Señorita, ¿no quiere usted darme algo a cuenta?

—Haga su trabajo y basta de impertinencias.

La maniobra fué corta porque el caballo era brioso y a un grito de su amo adelantó, logrando de una sola vez sacar el auto de donde tanto rato hacía que se hallaba prisionero.

Entonces llegó el momento de la venganza de Gloria.

—Gastón, paga con tres besos tuyos el trabajo que ha realizado.

La burla no podía ser más sarcástica y tampoco podía insistir el jinete. Había pedido tres besos y tres besos se le daban, porque no había tenido la precaución de hacer constar que era Gloria y no sus criados quien debían pagarle.

Humillado por la jugarreta de que acababa de ser víctima, montó de nuevo a caballo, pensando que por primera vez en la vida una mujer le había jugado una mala partida.

Puesto el coche otra vez encima de terreno firme se deslizó suavemente sobre la carrera, y media hora más tarde llegaban ante un enorme caserío que no parecía demasiado acogedor.

LAS FINCAS DE GLORIA

Hizo alto el coche y sus tres ocupantes saltaron a tierra, fatigados del viaje y de la última contrariedad sufrida en el camino.

—Llama a la servidumbre—ordenó Gloria al chofer.

No se veía alma viviente y a no ser por unas gallinas y un perro que por allí andaban podía haberse creído que la casa estaba deshabitada. De un rincón apareció una niñita de unos ocho años. Morenita y graciosa: un producto típico de aquellas tierras.

—¿Qué podremos comer aquí?—dijo Gastón al chofer.

—¡Estiércol! No te apures por esto. Oye, pequeña, ¿es ésta la casa de la señorita Gloria Santibáñez?

No tuvo tiempo de contestar la pequeña, porque de la casa salió una mujer ya entrada en años que al instante reconoció a Gloria.

—¡Mi niña Gloria! ¡Qué alegría! No pensaba ya en verte, entra, entra en la casa que siempre fué el lugar de reposo de tu padre.

Cogiendo a Gloria por el talle, la buena mujer acompañó a la joven explicándole detalles de la últimas visitas que su padre había efectuado en la finca, comentando a la vez lo bonita y elegante que estaba.

—No pareces la misma. ¡Tanto tiempo como hacía que no te había visto!

—Sí, Nana; tenía muchos deseos de venir, pero está tan lejos todo esto, y el viaje es pesado.

—En el coche se va muy rápido; tu papá no se pensaba tanto en venir. Entra, toda la casa está en orden como si a cada mo-

mento hubiese esperado que llegara alguien. Mira, aquí está tu cuarto.

Nana tenía razón. La casa estaba perfectamente cuidada y su aspecto en el interior era muy distinto del que ofrecía exteriormente.

—¿Te quedarás una buena temporada, Glorita?

—No lo sé, tengo que ver al administrador de papá y entonces resolveré. Si me encuentro a gusto permaneceré más tiempo, creo que sí...

—Sí, niña Gloria, estarás muy bien, allí hay mi nietecita, la niña que viste al llegar, que te hará todos los mandados que quieras y yo estaré para ti.

—He traído cocinero y chofer, así es que no hará falta más gente.

—Arregla tus cosas y ya verás qué bien se está en Pátzcuaro.

Gloria examinó la habitación a la que no halló ningún inconveniente, miró a través de la ventana hacia los enormes bosques de su propiedad desde donde llegaba el rumor de las canciones de los leñadores.

Ella había abandonado aquellas tierras de muy niña y no podía decir que guardara de ellas recuerdos tiernos, pero el cariño que su padre tenía por todo aquello y el hecho de que ahora fuese suyo la ligaba también a la finca.

Distraída en estos pensamientos que indefectiblemente asaltan la imaginación del viajero, siempre que llega a un lugar donde ya ha estado en otros tiempos, no había vuelto a acordarse de la insolencia del jinete que les había ayudado a desatracar el coche. Sonrió ella recordando la jugarreta con que le había pagado en la confianza de que jamás le volvería a ver.

Al día siguiente, bien instalada ya en su casa, Gloria pidió a Nana dónde se hallaba el administrador de su padre.

—No será necesario que vayas, porque él sabe que has llegado y vendrá.

—Como quiera.

A media mañana apareció por la casa un señor de edad que saludó a Gloria con muestras de cariño.

—¡Vaya con la muchachita que ya es una señora!

—El tiempo pasa para todos, señor administrador, y no voy a ser siempre una niña.

—¡Qué lástima, la muerte de su pobre padre! Estaba en buena edad todavía y podía haber vivido muchos años más.

—Sí, pobre papá.

—¡Mi querido Santibáñez!

—Yo ya sé que usted administra todo muy bien, porque me lo han dicho mis abogados de Méjico; pero quisiera saber cómo andan las cosas por aquí, especialmente el aserradero, que tengo entendido que es lo más importante.

—El aserradero está arrendado.

—Sí, ya lo sé. ¿Tenemos buen arrendador?

—Sí, es Ernesto Morales, un muchacho de todas prendas, bien querido de todos los leñadores y de todo el pueblo.

—¿Entonces no hay por qué ocuparse de esto?

—Le diré, señorita Gloria, en esta clase de negocios no todas las temporadas son buenas, y ahora precisamente hay unos pagos pendientes.

—¿Sí?

—Su padre dejó dinero suficiente y estoy seguro que con el aprecio que tenía a Morales no hubiese tenido inconveniente en darle el plazo que hubiese necesitado.

—Pues si se trata de un arrendador a quien mi padre quería, no voy a ser yo quien le retire la confianza. Haré lo mismo que hubiese hecho papá.

—No esperaba menos de usted, Gloria, y se lo agradezco en nombre de Morales, quien puede usted estar segura de que cumplirá todos sus compromisos.

—Quiero evitar toda clase de molestias, señor administrador, y un día de estos iré a visitar el aserradero.

Satisfecha Gloria de lo bien que había transcurrido su primera visita comercial, decidió pasar una temporadita en Pátzcuaro, donde tan buena acogida había tenido.

Los leñadores del aserradero, hombres rústicos como los pinos que cortaban, siempre estaban en competencia unos con otros so-

bre quien tenía más o menos fuerza, y entre ellos celebraban concursos y hacían apuestas para saber quién hachaba un pino más rápidamente.

—¡A ver quién es el mejor hachero de entre todos los que estamos aquí!—discutían una mañana en que se habían de cortar varios árboles.

Varios fueron los que se adelantaron disponiéndose a tomar parte en lo que casi podía llamarse un concurso.

—Empezaremos por estos dos grandes arbolazos.

Los dos primeros hombres que habían merecido la aprobación del capataz para probar su destreza con el hacha, se desnudaron de cintura para arriba y con tremenda energía empezaron a descargar golpes de hacha en el tronco de unos pinos que parecían columnas de piedra.

Uno de los leñadores que presenciaba la demostración de fuerzas observó un cuchicheo entre el capataz y otro leñador.

La maniobra se veía clara. El capataz le ofrecía dinero, sin duda para algún fin inconfesable.

—No admito más órdenes que las de Ernesto—contestó, orgulloso, aquel a quien se intentaba corromper.

Las palabras del obrero fueron oídas por otros y se entabló tal discusión que incluso los que estaban con el hacha contra los pinos pararon en su tarea para enterarse de lo que pasaba. Pero éstos ya habían trabajado mucho y uno de los pinos, especialmente, con muy pocos golpes más caería al suelo.

La discusión apartó a todos los hombres de donde estaban los árboles ya casi dispuestos para su derribo, pues todos eran sabedores que cuando un pino ya está muy hachado, a veces el mismo viento lo hace caer.

Fue en aquella misma mañana que a Gloria Santibáñez se le ocurrió ir a visitar el aserradero. Vistió su chaqueta de franela blanca con pantalón, por creer que aquel equipo encajaba con su misión, y se dirigió sola al portillo, donde estaba de guardia un leñador.

Sobre el portillo había un letrero rústicamente pintado, pero que daba a entender bien a las claras que estaba prohibida la en-

trada. Gloria prescindió del letrero y se dirigió hacia allí sin hacer el menor caso al hombre que le salió al paso.

—No se puede pasar, señorita; no se permite la entrada al aserradero.

—Y a mí qué me importa—contestó Gloria con su habitual arrogancia.

—Para entrar hace falta permiso de Ernesto.

—No necesito permiso de nadie, soy la propietaria de todo esto —y dando un empujón al que le privaba el paso, cruzó el portillo para penetrar en su propiedad.

El rumor de la discusión de los leñadores llegaba hasta donde ella paseaba, pero poco le importaban aquellas discusiones. Ella quería ver cómo estaba el terreno, la corpulencia de los árboles y las casitas de los leñadores. Iba paseando tranquilamente, observando esto y aquello, yendo a parar muy cerca de donde estaba uno de los pinos pronto a ser derribado. Ignorante en absoluto de todo aquello y de su funcionamiento, no reparó en los hachazos que aquellos dos pinos tenían en su tronco a poco más de un metro de altura. El hosque le pareció encantador y agradable el viento que soplaba; pero éste era demasiado fuerte para aquellos pinos ya sacrificados. La fuerza del viento derrumbó uno de los árboles sin dar tiempo a Gloria de apartarse y quedó presa entre sus ramas.

El ruido que produjo el árbol al caer y un grito desgarrador de Gloria hizo que todos los leñadores corrieran hacia donde estaba el pino para buscar a la persona que había gritado. Con verdadera delicadeza fueron buscando los hacheros entre las ramas hasta encontrar a la joven vestida de blanco, desmayada más por el susto que por el golpe, ya que habían sido las ramas más ligeras las que la habían alcanzado.

Uno de los hombres cogió a Gloria en brazos y seguido de todos los demás fueron a depositarla en la caseta de Ernesto, la más próxima, donde había un burdo lecho.

Ernesto Morales, el arrendador del aserradero, llegaba en el mismo instante en que acababa de ocurrir el accidente. Las idas y venidas de los leñadores le dieron a entender que había ocurrido

algo anormal y poniendo el caballo al galope llegó hasta la puerta de la caseta.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó al primero que le vino al paso.

—Se ha caído uno de los pirtos que estaban hachando y ha cogido a una muchacha forastera.

El hombre que actuaba de portero había abandonado su sitio para enterarse también de lo que pasaba. Ernesto se dirigió rápido hacia él.

—¿Por qué la dejaste pasar?—le gritó.

—No pude impedirlo, patrón, me dió un empujón y entró.

—Pues que no vuelva a ocurrir esto. Si la entrada está prohibida, lo está para todo el mundo, vamos a ver cómo salgo ahora de este apuro.

No sabía Ernesto quién era la persona herida todavía y entró en la caseta, abarrotada con todos los leñadores que contemplaban a la bella durmiente que habían recogido del suelo. Se abrió paso el patrón y miró a la víctima. Tuvo trabajo para disimular su satisfacción al darse cuenta que no se trataba de otra que de la orgullosa muchacha del auto que todavía le debía los tres besos.

—¿Está herida?—preguntó a los hombres.

—Parece que no es más que un desmayo. Sólo la alcanzaron unas ramitas muy frágiles.

—Pues lo mejor que pueden ustedes hacer es salir todos de aquí y ya la curaré yo.

Obedientes como un solo hombre, salieron todos los leñadores de la caseta, quedando Ernesto solo con Gloria, que parecía estar desmayada. Cuando creyó que los hombres estaban a buena distancia, se sentó al pie de la cama y dirigiéndose a la víctima, dijo:

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Qué suerte la mía! Me debe tres besos todavía...

Los leñadores habían traído un tazón con agua que allí estaba y el joven le salpicó un poco la cara para ver si volvía en sí. Permanecía Gloria completamente inmóvil y entonces él intentó incorporarla para ver si podía darle a beber. Bebió unos sorbos pero permanecía con los ojos cerrados.

—¡Oiga! ¿No vuelve en sí aún? ¿No recuerda que me debe tres besos?

La accidentada permanecía inmóvil.

—No tendré más remedio que sacrificarme y cobrar ahora que puedo.

Sin gastar muchas ceremonias, Ernesto se acercó a Gloria y le dió dos sonoros besos. Como si se hubiese tratado de un fulminante aplicado a sus labios, Gloria se incorporó en la cama y dió un soberbio bofetón a su asaltante:

—¡Cínico! ¡Descarado!

—Señorita, no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

—No recuerdo deberle nada.

Ernesto no se había movido de su sitio al pie de la cama y la observaba sonriendo con su habitual descaro.

—Falta el tercero todavía y estoy dispuesto a cobrarle la deuda entera.

—No lo intente—gritó Gloria, y el esfuerzo la hizo encoger la espalda dolorida por el golpe recibido.

La oportunidad no podía presentarse mejor, y Ernesto, seguro de sí mismo, abrazó a Gloria sin precipitación de ninguna clase, se cobró el tercer beso. Comprendió ella que era imposible desprenderse de aquel abrazo, que era como una tenaza de hierro, y por un instante dejó de ofrecer resistencia. En cuanto pudo se desprendió de Ernesto, pero no atinó con palabras suficiente enérgicas con que apostrofar su desahogado proceder.

—Si no fuese que es usted casi bonita...—dijo él riendo.

Esta insolencia la hizo volver en sí.

—¡Se cree usted ser muy guapo!

—Usted es una señorita mal criada y nada más.

—Yo soy...

—Poco me importa a mí saber quién es usted, ahora estamos en paz.

—Pues conviene que sepa quien soy ya...

—Ya le he dicho que ahora no me interesa.

—¡Soy Gloria Santibáñez!

No dejó de sorprender a Ernesto que aquella muchacha, a la que se había permitido saludar tan efusivamente, fuese nada menos que la hija del propietario del aserradero, mejor dicho, la propietaria, desde el momento en que ya no existía el señor Santibáñez. Cuando Ernesto hubo recobrado la serenidad, perdida tan sólo por un instante, exclamó:

—¡Conque usted es Gloria Santibáñez! ¡No esperaba su visita!

—Ya comprenderá que después de todo lo ocurrido, no puedo guardar a usted ninguna atención.

—¿A qué se refiere?

—Al aserradero.

—¿Hay algo que no funciona bien en él?

—Sí, el pago.

—¡Oh! Su señor padre me concedió el plazo necesario.

—Mi padre, ¡pobre!, no sabía con quién trataba.

—Tampoco debería saber bien quién era su niña.

—Yo le digo a usted que si no paga y pronto, le quitaré el aserradero.

—Usted ha de cumplir lo que me prometió su padre.

Gloria se había puesto en pie, y como ya se encontraba repleta del susto, creyó que lo más oportuno era apartarse de aquel sitio en el que el amo absoluto era el tal Ernesto, que no parecía respetar ley ni convencionalismos. Pero la joven le reservaba toda, vía un último tiro; y cuando ya estaba fuera de la caseta, con el terreno despejado para echar a correr si fuese necesario, asomó de nuevo la cabeza y dijo al desorientado joven:

—Rasúrese la barba, amigo, que cuando besa hace cosquillas.

No esperó Gloria la respuesta, temerosa de que de nuevo Ernesto quisiera saldar la deuda y echó a correr rápidamente en dirección a su casa.

No cayó en saco roto el consejo, y en cuanto se hubo alejado Gloria, el galán buscó sus enseres de tocador y silbando alegremente se dedicó a la higiénica tarea de afeitarse por si acaso hubiese de ponerse de nuevo en contacto con la bella y airada propietaria de la finca.

GUERRA SORDA

Gloria era de las criaturas que están acostumbradas a ganar siempre y a verse obedecidas. Ya después del accidente en la carretera se dió cuenta de que el jinete que las había sacado del hoyo era un hombre con el cual no se podía jugar y, aun cuando la contrario, como no pensó volver a verle, había olvidado el asunto. El nuevo encuentro, en la forma que había transcurrido y el hecho de ser él su arrendador, hacía necesaria la toma de medidas enérgicas para parar los pies a aquel insolente... que, a pesar de todo, era muy simpático.

¡No!, exclamaba Gloria, nada de debilidades ni contemplaciones. El señor Morales pagaría lo que debía de arrendamiento sin perdonarle un centavo, y así comprendería que de una señorita como ella no se burlaba el primero que pasaba.

Cuando llegó a su casa, Gloria llamó al chófer.

—¡Voy a dejarle en la mitad de la calle! Vaya inmediatamente a buscar a mi administrador, dígame que se trata de un asunto urgente.

Mientras en el salón, Gloria paseaba como leona encerrada en una jaula, en la cocina se estaba librando otra batalla entre Nana y Gastón. Ya estaba cansada la mejicana de las chilladuras del cocinero francés y estaba dispuesta a defender su terrero palmo a palmo. Lo peor del caso es que no se entendían muy bien; pero como que Nana era muy expresiva, se acercó a Gastón con cara de pocos amigos y señaló el territorio que le concedía a él y el que se reservaba ella.

—¿Ve usted? De esta raya a acá es Méjico y de la raya a allí es Francia y no salga usted de ella.

—*Pardieu!*—exclamaba furioso el francés.

—Y que no quiero oírle decir palabras que una no entienda, ¿eh?

—En France...

—Está usted en Méjico y mando yo, conque a callar. Ahora me

voy y cuando vuelva que no le encuentre fuera de donde le corresponde. ¡Se habrá visto bicho más raro que ese tartamudo de gorro blanco! —decía Nana mientras se alejaba de la cocina, aprovechándose de la circunstancia de que Gastón no la entendía.

—Oh, les fammes!

¡Cómo añoraba los bulevares el desgraciado Gastón! Se había dejado tentar por la buena paga que le había ofrecido Gloria y ahora se encontraba en un rincón de Méjico donde sus facultades de gran cocinero eran absolutamente inútiles. A su señorita parecía le gustaban mucho los potajes y cosas del país que preparaba Nana y toda la ciencia culinaria venida con Gastón y procedente de los más robustados «menús» se disipaba ante los mejunjes preparados por la vieja mejicana. ¡Esto era intolerable!

La nieta de Nana era otro tormento para el pobre cocinero. La pequeña se burlaba de él con toda sangre fría y no le hacía el menor caso; pero Gastón no encontraba a la pequeña un obstáculo tan formidable como a la vieja y pensaba que con halagos y algún dulce todavía podría obtener de la niña alguna información para saber dónde se encontraban ciertas cosas que le permitirían hacer platos que dejarían a la vieja muerta de envidia.

Al llegar la pequeña y verle tan disgustado, se le acercó:

—Gastón, ¿qué te pasa?

—Don Gaston, suis je, para una pequeña niña.

—¡Oh, qué bien habla hoy! Yo creía que eras tartamudo.

—¿Tar-ta-mu-do?

—Sí, hombre, sí, que no acabas nunca—decía la niña, hablando con una rapidez asombrosa.

—Ven, petite, ¿te gustan los helados?

No sabía la niña a lo que se refería aquel hombre porque no habían tales delicadezas en el pueblo.

—No sé lo que quiere decir, nunca le entiendo.

—Ven... yo necesito saber una cosa y entonces...

—¿Qué es lo que quiero saber? ¿Lo sé yo? Si lo sé, muy bien se lo diré; pero si no lo sé, no podré decirle nada.

La velocidad con que hablaba la chiquilla tenía loco al cocinero. Este se dirigió a la nevera y abrió la portezuela.

—Helados, nieve, frío, dulce...

—¡Ah, si que me gusta el dulce, deme!

—No, calma, calma. Yo quiero saber una cosa. ¿Dónde hay ranas?

Como que los helados no iban muy a tono con las ranas, la niña creyó que Gastón se referiría a otra cosa.

—No le entiendo, ¿dígame si me da el dulce, o qué?

—Deseo saber dónde hay ranas, unos animalitos, comme ça, pequeños, piemas finas, en el agua, cuac, cuac, cuac.

—¡Ah! ¡Quiere decir sapos!

—No sapos, ranas.

—Sapos o ranas es lo mismo, ¿para qué los quiere?

—Un plato exquisito para comer.

La idea asustó a la niña de tal manera que olvidó los helados que habían en la nevera, y volviéndose hacia el cocinero, gritó:

—¡Un hombre que come sapos! ¡Cochino! —y salió corriendo de la cocina. El pobre Gastón no lograba penetrar en el alma mexicana y fracasaba con la vieja, con la niña y con todos. ¡Oh, París, París!

MUSICA Y AMORES

Alguien tenía que compartir la indignación que sentía Gloria por su aventura con Ernesto, y aunque a medias, dió a entender a Nana, aquella misma noche, mientras estaba asomada a la ventana después de cenar, que estaba dispuesta a quitarle el aserradero al actual arrendatario.

—Niña Gloria, es un buen muchacho, y todos los leñadores le quieren. El cumplirá con su compromiso si le das tiempo. Tu padre se lo hubiese dado. Lo quería mucho. ¿Le has oído cantar?

—¿Yo? ¿Cómo he de haberle oído? Si sólo he hablado con él dos veces y en circunstancias muy violentas por cierto.

—Te encantaría si le oyeras, es la mejor voz de todos los alrededores...

—Ya me he dado cuenta de que el tal don Ernesto tiene engatusados a todos, menos a mí, y, o cumple, o irá a plantar sus reales en otra comarca.

Mientras las dos mujeres hablaban en aquella noche clara, donde brillaba un cuarto de luna que parecía un espejo sobre terciopelo azul, llegaba hasta ellas el rumor de guitarras y una voz que cantaba. Era bonita y simpática la voz.

Cuando terminó la canción, Gloria preguntó a Nana:

—¿Tu don Ernesto canta mejor que éste?

—No, porque es él mismo.

Sonrió a pesar suyo Gloria, pues la canción había sido bonita. No era una serenata a ella dedicada, sino que los leñadores antes de acostarse pasaban un rato con las guitarras y el patrón se juntaba con ellos para cantar un rato. ¡Poco pensaba Ernesto que Gloria le estuviera escuchando!

Nana temía que su señorita se aburriese y se apresuró a explicarle que dentro de pocos días se celebraría una fiesta en la capilla, el día de la Virgen, y luego había cantos y baile en la plaza.

—¿Irás, mi niña? Con traje del país ha de ser.

—Con lo que tú quieras, Nana.

—Así me gusta, que te diviertas y te guste lo que tanto gustaba a tu padre.

Llegó el día de la fiesta con todo el entusiasmo y algarabía que los festejos despiertan en los pueblos más quietos, pueblos que se pasan un año entero en perfecto silencio, pero que al llegar su fiesta mayor parece que durante cuarenta y ocho horas quieren resarcirse del silencio y monotonía de todo el año.

La plaza aparecía engalanada para el baile que debía celebrarse durante la noche, ya que por la mañana la fiesta principal se celebraría en la iglesia.

Desde primera hora de la mañana habían ya acudido a Pátzcuaro vecinos de los pueblos cercanos y las muchachas de la lo-

calidad se paseaban luciendo sus mejores galas, deseosas de ver y ser vistas. Las había muy guapas y bien arregladas.

El chofer y Gastón también se hallaban entre los paseantes que iban a la feria antes de entrar en la iglesia y al francés le llamaba la atención los piropos que los hombres dedicaban a las muchachas guapas. Pasó una hermosa morenilla y el chofer se acercó a ella y le dijo:

—¡Es usted tan bonita, que si yo fuese San Pedro me la llevaría al cielo!

Contestó la aludida con una sonrisa encantadora que casi hizo desmayar al chofer.

—Yo no comprendo bien lo que le ha dicho—dijo Gastón.

—Pues hombre, son cosas que se dicen a las chicas bonitas en un momento de inspiración.

—¿Puedo yo hacer lo mismo?

—Sí, nadie se lo priva.

Se animó el francés y olvidándose de su bombín y cara de sepulturero, se acercó a dos muchachitas que iban paseando y dijo:

—Pardón, mademoiselle, San Pedro no la dejará entrar en el cielo.

Cambiaron de expresión las dos muchachas al oír la estupidez de aquel hombre y marcharon a toda prisa.

—Parece que no les ha gustado.

Se puso a reír el chofer y le aconsejó que dejara a las chicas en paz o buscara alguna vieja que tampoco faltarian en la feria.

El rector de la parroquia estaba a la puerta de la iglesia, donde acudían todos los fieles a buscar cirios para hacer votos a la Virgen.

El señor rector tenía una buena palabra para todos los que allí se acercaban y cuando llegó Gloria Santibáñez, con intención también de adquirir un cirio, él se lo ofreció.

—Soy Gloria Santibáñez, señor rector.

—¿Quién iba a pensar en ti, muchacha, la hija de mi buen amigo don Manuel? ¿Hace mucho que estás por aquí?

—No, señor, apenas tres días. Ya pensaba venir a saludarle, pero como que sabía que la fiesta estaba tan próxima...

—¿Vienes para quedarte?

—No sé todavía lo que haré, padre...

Ernesto Morales, que había visto a Gloria hablando con el sacerdote, se acercó disimuladamente a saludarle.

—¡Buenos días, señor rector!

—¡Hola, Ernesto! Así me gusta, tú nunca fallas. A propósito, tengo el gusto de presentarte a Gloria Santibáñez, la bauticé hace veinticuatro años.

—Veintidós, padre, rectificó Gloria.

Sonrió el cura ante la coquetería de Gloria, y Ernesto, cuyo aplomo nunca fallaba, exclamó:

—La señorita Santibáñez y yo somos dos grandes amigos, no es la primera vez que nos encontramos, ¿verdad, señorita?

Era imposible contestarle tal como merecía ante el cura, y Gloria no tuvo más remedio que aceptar la mano que él le ofreció.

—Sí, muy amigos...—dijo.

—Es la mejor voz que tenemos en el pueblo, Gloria. Ya le oírás; pero conviene que las muchachas no le distraigan. Hay que procurar que no suba nadie al coro.

Alguien vino a distraer al rector y Gloria aprovechó para decir en voz baja a Ernesto:

—Si cree usted que voy a subir, está fresco.

—Si sube—repuso él—, no tendré más remedio que aguantarla.

—¡Que insolencia!—murmuró Gloria.

—Ha llegado la hora de entrar en la capilla—dijo el rector, dirigiéndose a los jóvenes—, Gloria, tú puedes subir al coro.

El momento era difícil y había que superarlo. La muchacha hizo un esfuerzo.

—¿Vamos, Ernestito?

—Sí, Glorita, vamos.

Se cogieron de la mano y ambos, seguidos del señor rector, subieron al coro de la capilla, donde ya estaba el órgano dispuesto para cuando llegara el momento de cantar la Salve a la Virgen.

Ahora no sería posible sostener ningún diálogo y menos pelearse, pero Gloria procuraría hacerle todas las que podría, para vengarse. No se le había pasado desapercibido a ella, mientras estaba hablando con él en la plaza, que todas las muchachas que pasaban le miraban con buenos ojos, y pronto se dió cuenta de que tenía que habérselas con el tenorio del pueblo. Ella procuraría rescatarse de la humillación que había sufrido en sus manos, en forma que se acordara para toda la vida.

El señor rector entregó la música a Gloria y el órgano dejó oír sus primeras notas. Había llegado el momento supremo de cantar el Ave María, que, como todos los años, cantaba Ernesto. Todas las muchachas esperaban ansiosas oír su voz de buen cantante y rogaban a la Virgen que si no podía ser él fuese a lo menos otro tan bueno y tan simpático el novio que el cielo les concediera.

Gloria cogió el papel y lo puso cabeza abajo.

—Cantaré igual—dijo Ernesto entre dos notas.

Con toda seguridad y sujetarido con una mano la música que por otro extremo aguantaba Gloria, Ernesto cantó una inspirada Ave María.

Ave María...
mi alma recibe gran alegría
cuando comienzo el Ave María.
Madre, oh Madre mía,
para decirte Ave María
dame licencia en este día.
Para acordarte de mi pobreza,
María, escucha mi voz,
¡oh, Virgen Madre de Dios...!

Dejó Ernesto de cantar y todo el coro siguió cantando. Cerquita de donde estaban Gloria y el cantante había una señora de edad que adornaba su tocado de mantilla con unas margaritas de regular tamaño. Aquellas margaritas hicieron acudir una conocida idea a Ernesto, y mirando a su compañera con ojos pícaros, le señaló la flor y con cuidado arrancó uno de sus pétalos.

—¿Sí?—dijo él.

Gloria, que comprendió bien a las claras que Ernesto quería interrogar a la flor para saber si ella le quería o no, tiró también de la margarita y dijo:

—¿No?

Mientras tanto la dama de cuyo adorno se habían apropiado la joven pareja, creyendo que eran las moscas quienes andaban con sus flores, intentaba sacudirlas con el abanico sin darse cuenta de que entre Gloria y Ernesto, jugando al «Sí, no, quizá» apenas le quedaban margaritas en la cabeza.

Paró el coro y el solista tuvo que cantar de nuevo. Con toda seriedad y con la mayor unción reemprendió Ernesto el canto.

A la Virgen Soberana
por los montes, por los valles
antes de romper el alba
la selva tan primorosa
viste color de esmeralda...
Antes de romper el alba.
Dulce Señora, mi amparo
y gafa...
escucha mi voz para decirte
¡oh, Virgen Madre de Dios,
Ave María, Virgen Madre de Dios!

Entonó el coro la estrofa final y la joven pareja que ya había asolado las margaritas de la cabeza de la anciana, se miraron para decidir el pleito que no habían resuelto las flores.

—La última hojita ha dicho «Sí»—dijo Ernesto.

—Se equivoca, ha dicho «No», no y no.

No era precisamente el coro de una capilla el lugar para dirimir semejantes diferencias, y Ernesto empezó a Gloria para la fiesta de la noche, donde le aclararía algunos conceptos que ella parecía tener bastante confusos.

Durante la fiesta religiosa casi todas las muchachas encendían velas a la Virgen pidiendo una especial gracia y ¿por qué no

decirlo? muchas le pedían novio. Dos, por cierto muy bonitas, que habían mirado a Ernesto mientras hablaba en la puerta del templo con el capellán y Gloria, habían comprado sendas velas que pusieron a arder ante el altar. Discretamente habían subido al coro para su desgracia, pues ello les había permitido ver que Ernesto estaba bastante entusiasmado con su compañera. Acabó la función y las dos muchachitas apagaron los cirios porque ya comprendieron que no les sería otorgada a ninguna de ellas la atención de Ernesto, a lo menos mientras Gloria Santibáñez anduviera por Pátzcuaro.

UNA FIESTA EN MICHOACAN

Pese a su orgullo y prejuicios, Gloria se sentía interesada por el audaz Ernesto, que la trataba con un cordial desdén al que no estaba acostumbrada y que la mantenía en un estado de nerviosidad, completamente nuevo para ella, ya que nunca había estado enamorada.

Ayudada por Nana, vistióse como todas las muchachas del país para asistir a las fiestas nocturnas y el atavío realizaba su belleza en forma que era la más bonita que había ocurrido a la plaza. Esta estaba atestada de gente que andaba por los puestos de refrescos, otros grupos bailaban al son de infinidad de orquestas y guitarristas acudidos allí de todas partes. Las muchachas se paseaban en grupitos de dos o tres escuchando las mil lindezas que les decían los jóvenes y coreaban las canciones de los guitarristas.

La noche era apacible y templada. El lago mandaba una suave brisa hacia el poblado y una luna envuelta con una ligera neblina se había situado sobre el monte, todo lo cual formaba un conjunto paradisiaco. En los ojos de la gente joven brillaba la llámia del amor y todo invitaba a amar. No se escapaba de este hechizo

Gloria, a pesar de su educación ciudadana, que alguna vez la había hecho mirar con desprecio el pueblo donde había nacido.

Ernesto apareció con la guitarra en la mano dispuesto a cantar. Su voz era un imán y él bien lo sabía. Saludó casi de paso a Gloria para colocarse ante los músicos, y cuando llegó el momento del solo lo cantó.

¡Que lindo es Michoacán!

Palomas mensajeras, deténganse en su vuelo
si van al Paraíso, sobre él volando están.
Dios hace mucho tiempo que lo quitó del cielo
¡Volando están!

y por cambiarle el nombre le puso Michoacán,
¡Ay Michoacán!

Se trajo las estrellas más raras y lejanas,
las convirtió en mujeres bonitas de verdad;
por eso son tan chulas las lindas michoacanas,
que cuando dan amores, los dan con dignidad,
¡Ay! ¡Pero qué lindo, qué lindo es Michoacán!

Tú si tienes de qué presumir:
tus lagos azules... tus llanos dorados,
y esa tierra linda donde yo nací...

En Pátzcuaro cantamos canciones de Morelia
y por allá en Janitzio tenemos un amor,
¡Ay un amor!

Con toda la fragancia que tiene la gardenia,
una hembra michoacana más linda que esa flor,
¡Ay esa flor!

En esa tierra linda de nobles corazones,
sus hombres, sin alardes, demuestran su valor.
Aquí no conocemos los tales valentones,
pero si es necesario nos sobra corazón.

¡Ay, pero qué lindo, qué lindo es Michoacán!
Tú si tienes de qué presumir:
tus lagos azules... tus llanos dorados,
y esa tierra linda donde yo nací...

Tenemos el orgullo de ser indios tarascos,
 más libres que las olas que tiene el ancho mar...
 ¡El ancho mar!
 A los presumidores no les hacemos caso,
 pues por aquí es costumbre ser hombres de verdad...
 ¡Sí, de verdad!
 Palomas mensajeras deténganse en su vuelo,
 si van al Paraíso a él llegando están,
 Dios hace mucho tiempo que lo quitó del cielo...
 Ahora el Paraíso se llama Michoacán!

Terminó Ernesto la canción que había sido coreada por todas las orquestas y parte del público, especialmente por las niñas y todos le aplaudieron con entusiasmo. Poco a poco Gloria se iba apercibiendo de la popularidad de su arrendador y empezaba también a admirarle. Por la mañana en la capilla ya había tenido ocasión de admirar su simpática voz, y ahora, que le había dedicado toda la serenata a ella, se encontraba muy emocionada.

Cesaron los aplausos y Ernesto se fué adonde estaba Gloria. La orquesta de nuevo tocó bailables.

—¿Bailamos?—dijo él sin grandes cumplidos.

—Luego bailaremos.

—¿Prefiere usted hablar?

—¿Por qué no?

—Le advierto que a mí me da igual. Soy un buen hablador.

—Me interesaría saber qué es lo que no hace usted bien.

—Muchísimas cosas; por ejemplo, el amor.

El tono desaprensivo con que hablaba Ernesto hacía un poco difícil enfadarse con él, y Gloria, en esta noche verbenera, estaba bastante bien impresionada por su admirador.

Ella jugaba distraídamente con la flor que él le había regalado.

—He observado—dijo Gloria—que tiene usted mucho partido entre las muchachas del pueblo.—

—¡Oh! No lo crea.

—¿Conoce usted aquella leyenda? No sé si también existe por

aquí: cuando una pareja simpatiza, la chica arroja una paja al suelo y esto quiere decir que el joven puede declararse. Si no la recoge es que no le interesa, y ella queda desairada. ¿Se hace aquí lo mismo?

—Casi. ¿Conoce usted esta flor que lleva en la mano? Simboliza el amor. Se llama erendia. El joven la regala a la muchacha, y si ella está por él la guarda y entonces él se declara. Si el pastel no está cocinado...

—¿Cómo?

—Quiero decir que si a ella él no le hace gracia, no lo quiere, le devuelve la flor.

La conversación de Ernesto y Gloria era seguida por tres muchachas que no dejaban de sentir simpatía por él, tanta como dispuesto por las atenciones que tenía sólo por Gloria aquella noche. Las tres se confabularon para dar una lección al presumido galán.

Una de ellas se adelantó, y al llegar donde estaba él platicando con Gloria, le entregó la erendia que llevaba en la mano.

—Toma, Ernesto, te devuelvo tu flor.

Tan oportuna había sido la devolución, que Ernesto se desconcertó un poco; pero, reaccionando rápidamente, sonrió a su compañera como para dar a entender que se trataba de una chiquitada, y continuó haciendo sus explicaciones.

No habían transcurrido dos minutos cuando se acercó otra joven.

—Toma, Ernesto, te devuelvo tu flor.

—¡Ya son dos!—exclamó Gloria un poco nerviosa.

El continuó disimulando.

—Pues, como le decla a usted, la muchacha estaba bañándose...

La tercera muchacha apareció con otra flor.

—Toma, Ernesto, te devuelvo tu flor.

Esto ya era un poco demasiado, y Gloria, indignada, se apartó de su galán.

—Me voy antes de que le traigan un árbol de Navidad.

Roque Salgado, uno de los leñadores a las órdenes de Ernes-

to, estaba por allí cerca y se había dado cuenta de todo lo ocurrido. Al separarse Gloria de su acompañante y quedar sola, Roque se adelantó hacia ella.

—¿Quiere usted bailar conmigo, señorita Santibañez?

—Con mucho gusto.

Joven y simpático como era también Roque, nada tenía de extraño que no simpatizara demasiado con su jefe, cuya popularidad con las mujeres le había hecho más de un enemigo. Roque sintió una de las satisfacciones más grandes de su vida al ver humillado a Ernesto y haberse llevado él a la bonita Gloria.

—¿Trabaja usted también en el aserradero?

—Sí, a las órdenes de Ernesto.

—¿No rinde el trabajo?

—¿Por qué lo pregunta usted? ¿Porque Ernesto no paga?

—Hay algo de esto.

—No cumplirá nunca. El pobre se lo ha creído.

—¿Se ha creído qué?

—Pues que es un conquistador.

—¡Oh!

—Sí; precisamente, él ha contado su comportamiento con usted desde que la conoció en el camino.

La intención de Roque no era buena y vio que había logrado desprestigiar a Ernesto con sus insinuaciones. El no sabía absolutamente nada, pero adivinaba algo y había querido comprobarlo con un embuste.

—¿Conque Ernesto ha querido dar a entender que me tiene conquistada?

—El es así. Todo el mundo es suyo, desde el aserradero a su dueña.

Después de la escena de las flores, sólo le faltaba a Gloria la información que le estaba dando Roque y, por añadidura, darse cuenta de que su galán ya estaba bailando con otra. ¡Mála fiesta estaba pasando Gloria!

La muchacha que bailaba con Ernesto se dio cuenta de que Roque era la pareja de Gloria y, en su afán de disgustar a Ernesto, se lo dijo:



—Hay que sacar el co-
cón del stolladero en que
se ha metido...



Tito Guizar



Todas las muchachas esperaban a los señores.



Gloria Martín.



Aquellas margaritas hicieron adquirir una conocida idea a Ernesto.



La canción había sido coreada por todas las orquestas.



Gloria tuvo de la margarita y dejó elNota



Ernesto estaba enérgicos golpes al árbol.



Muchos se habían dado cuenta de que Gloria había cambiado de pareja.



—He cumplido con mi deber cuidándote.



Entre todos consiguieron sacar a Ernesto completamente inconsciente de entre el ramaje.



—Niño Ernesto, no se vaya así...



Nana veía con lágrimas en los ojos los preparativos de Gloria para la marcha



—¡No esperaba su visita!



—¿Ha venido para dis-
solverse la flor, Gloria?



No fue necesario que su
jefe les arreglara de nuevo.

—Ernesto, Gloria está bailando con Roque Salgado.

Esto representaba una verdadera contrariedad para Ernesto, porque siempre le había parecido que en él tenía un rival. Con otras muchachas poco le importaba, pero no iba a dejar que le quitara a Gloria después de todo lo que había ocurrido.

Eran muchos en la fiesta los que se habían dado cuenta de que Gloria había cambiado de pareja y los comentarios menudeaban. No era hombre Ernesto de dudas y vacilaciones; así es que al primer joven que vió sin bailar le entregó la muchacha con quien él bailaba y se fué directamente adonde estaba Gloria con Roque.

—Gloria, le suplico que me perdone; he sido víctima de una burla por parte de aquellas muchachas.

—No ofende quien quiere, sino quien puede—contestó Gloria sin separarse de Roque.

—Le aseguro a usted que no volveré a suceder lo ocurrido.

—No se preocupe, Ernesto; voy conociendo a mi personal. Roque, ¿quiere usted acompañarme a casa?

Gloria Santibáñez puso todo el peso de su orgullo en aquellas palabras y Ernesto fué lo suficiente listo para darse cuenta de que, en aquel momento, lo mejor que podía hacer era retirarse. Les dejó el paso libre y la pareja pasó ante él sin darle las buenas noches.

Roque Salgado con su camisa blanca y tez morena nunca se había sentido más feliz en su vida; primeramente por la humillación que acababa de sufrir Ernesto y después porque Gloria lo había elegido a él para su venganza.

Salieron del recinto en que se celebraba la fiesta y todo era paz y tranquilidad en la noche. El rumor de la música se hacía cada vez más lejano y los dos jóvenes ascendían la cuesta que conducía a la finca de Santibáñez.

—Es demasiado pendenciero ese Ernesto. Se cree único en el mundo.

—Pues se ha encontrado conmigo y me las pagará todas.

—En cuestiones de pagar...

—No me refiero precisamente al arriendo, éste es otro asunto que mañana mismo trataré con mi administrador. No pueden con-

tinuar las cosas en esta forma. Vine aquí para ver cómo marchaban los asuntos en ausencia de mi padre y está todo en desorden. No se crea Ernesto que va a burlarse de mí porque soy una mujer.

—Esto es lo que le hacía falta, alguien que le pusiera en su sitio.

—Que le quite de su sitio, querrá decir—observó Gloria riendo nerviosa.

Siguieron andando unos momentos en silencio.

—¿Qué es lo que piensa hacer? Si no es impertinente la pregunta.

—Quitarle el aserradero a Ernesto y hacerlo funcionar por mi cuenta.

—¿Tiene ya pensado a quién pondrá?

—¿Se vería usted capaz de hacerlo funcionar, Roque?

—¿Yo? ¡Ya lo creo! No se necesita demasiada ciencia.

—Pues mañana hablaré con el administrador y si sé que puedo contar con usted, ya resultarán más fáciles las gestiones. Ahora ya estamos en casa. Buenas noches.

—¡Adiós, Gloria!

—No, adiós, señorita Santibáñez.

No esperaba esta salida a última hora, después de la conversación sostenida con la muchacha; pero también opinó que este debía tomar precauciones después de lo ocurrido con Ernesto.

—¡Buenas noches, señorita Santibáñez; hasta mañana!

RIVALIDADES

Al día siguiente, en el bosque, todos los leñadores hablaban de la fiesta y se hacían los más sabrosos comentarios sobre Ernesto y Gloria.

Roque Salgado estaba entre un grupo de hacheros y presumía también de su éxito.

—La sorpresa que le voy a dar al changuito ese—decía Roque.

—¿Qué quieres decir?—preguntó uno de los adictos a Ernesto.

—Pues que le van a quitar el aserradero y el nuevo jefe será yo.

—¡Quita de ahí, majadero!—dijo Evaristo, el hombre de confianza de Ernesto—. A ti no te nombran jefe ni na.

—Lo seré y te obligaré a trabajar, Evaristo, se te habrá acabado el holgazañear.

—Tú no serás el jefe—insistía Evaristo con voz machacona.

—Lo seré; a mí no me impresiona su voz de tenor de rancho.

Apenas había pronunciado Roque estas palabras, apareció Ernesto en los terrenos y sabedor de lo que ocurría saludó al que quería usurparle el sitio con un solemne puñetazo que puso en tensión los nervios de todos los leñadores. Pronto se liaron los dos jóvenes y fue necesario que sus hombres les separasen. Sudorosos y excitados quedaron mirándose cara a cara.

—El dueño del aserradero soy yo—dijo Ernesto—, y en cuanto a ti, Roque, te demostraré que soy tan hombre y tan trabajador como tú, así es que elijan dos pinos de los más grandes y a ver cuál cae primero.

Mientras así hablaba Ernesto se despojó de la camisa y quedando con el torso desnudo fué a buscar un hacha para empezar el trabajo.

Los hombres eligieron un árbol para cada uno y, con valentía, ambos empezaron a dar hachazos al corpulento tronco. Los leñadores seguían con interés aquel duelo entre los dos jóvenes, que de rivales en el trabajo lo eran también ahora en amores.

Ernesto asestaba enérgicos golpes al árbol y parecía un hombre distinto al que cantaba madrigales amorosos al son de su guitarra. Toda su valentía y arrogancia servía ahora para derribar aquel árbol que él estaba seguro conseguiría hacer caer antes que cayera el de Roque. Este también empleaba fuerza y nervios en su trabajo. Primeramente había empezado a trabajar con la ca-

misa puesta; pero era tanto el calor, que hizo alto un instante para quitarse la prenda que cohibía sus movimientos.

Al ver Ernesto que su competidor paraba en el trabajo, él con toda lealtad paró también, y aprovechó el momento para encender un cigarrillo. El ardor que habían puesto desde el principio había hecho que en poco rato hicieran mucho trabajo. Ernesto miró el árbol y vió que poco le faltaba para demudarse. Unos hachazos más y estaría en el suelo. Se apartó un poco para tirar el cigarrillo y en aquel instante se desplomó el pino alcanzando al hachero.

Roque y todos los leñadores corrieron en auxilio del que temían encontrar aplastado y consiguieron sacar a Ernesto completamente inconsciente de entre el ramaje.

Alguien corrió a avisar a Gloria y ésta oró no que se llevara el herido a su casa. El golpe que había recibido en la cabeza era de consideración y el médico ordenó que se le pusieran compresas de hielo para ver de evitar la congestión.

El remordimiento que sentía Gloria al ver el estado en que se encontraba Ernesto la obligaba a permanecer a la cabecera de la cama cuidándole. Ella se reprochaba su comportamiento, pues si no hubiese sido por sus coquetarías los dos jóvenes no habrían entablado una lucha en la que uno de ellos podía dejar la vida.

La fiebre hacía delirar a Ernesto y pronunciaba palabras que ella no podía entender muy claras. Procuraba escuchar con toda atención por si le oía pronunciar su nombre, pero no tuvo esta satisfacción.

Dos días después Ernesto abrió los ojos y se encontró con los de Gloria que le miraban.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó asustado al ver donde se hallaba.

—Su árbol cayó el primero.

—Sí, lo supongo, y sobre mi cabeza. Menudo trabajo... por su culpa.

—¡Ernesto!

—No retiro mis palabras.

Nana y Gastón hacían también compañía al enfermo, y al iniciarse la convalecencia bajo tan mal signo Gloria ordenó a los

criados que se retirasen. Si tenían que pelear era preferible que se quedaran solos.

—Retírese el servicio—dijo Gloria.

El cocinero se hizo el sordo y permaneció allí mirando cómo su «mademoiselle» y su apuesto galán se las tenían.

—Gastón, usted también puede marcharse—insistió Gloria al ver que se hacía el remolón.

Muy a pesar suyo el cocinero se acercó a la puerta y quedaron cara a cara Gloria y Ernesto.

—Me parece usted distinta de cuando la conocí.

—Pues tenga la seguridad de que soy la misma y no pienso variar.

—¿Me odia?—preguntó él insinuante.

Hizo ella como si no le oyera, dejando la pregunta sin contestar; pero no era el de aquellos que se les hace callar con tales coqueterías.

—¿Me quiere?—dijo mirándola cariñosamente.

No podía menos que admitir que era un poco difícil de manejar aquel muchacho, incluso cuando tenía un enorme chichón en la cabeza.

—Me es usted indiferente—dijo ella procurando conservar su aplomo.

—¡Oh!

—El doctor ha recomendado que descanse y no se excite.

—¿Y cómo quiere usted que descanse con las cosas que me está diciendo?

—No hable.

—Me es imposible estar quieto.

—Pues haga lo que le parezca; si sobreviene una conmoción cerebral la culpa no habrá sido mía. He cumplido con mi deber cuidándole.

—Después de haber provocado el mal.

—¡Impertinente!

—Vamos, Gloria, ¿por qué no podemos ser buenos amigos?

—Porque somos incompatibles.

—Esto es lo que dice usted, pero yo le aseguro que soy perfectamente compatible con usted.

—Sí, conmigo y con todas las muchachas que le devolvieron la flor.

—¿Tiene usted celos?

—Ni soñarlo.

—Entonces, ¿por qué recuerda esa tontería?

—Por...

—Por orgullo; este es su principal defecto.

—Si continúa así le dejaré solo y le haré cuidar por Castón.

—No lo intente, Gloria; recaería inmediatamente.

Estaba Gloria mucho más nerviosa que Ernesto. Esto sentía una seguridad dentro de sí mismo que le permitía seguir el diálogo con cierta ironía; mientras que Gloria tenía que apelar a toda su indignación y orgullo para no sucumbir a la simpatía que irradiaba Ernesto.

Le había visto herido y al principio se creyó que de gravedad. Ella le había velado por la noche durante las horas en que estuvo inconsciente, y tuvo que reconocer que había sentido un gran alivio cuando el doctor anunció que el peligro había desaparecido. ¡Con qué ternura había sostenido su cabeza mientras renovaban las bolitas de hielo! Nunca en su vida había pasado una noche tan ansiosa como aquella, y no fue hasta el amanecer que se fué a descansar un rato cuando ya tuvo la seguridad de que no existía gravedad. Pero ahora, ya repuesto y con su graciosa insolencia, Gloria quería recordar todas las ofensas recibidas para no sucumbir a un cariño que poco a poco la iba invadiendo.

—Lo mejor será que me marche de aquí—dijo Ernesto.

—No puede marcharse hasta que lo ordene el doctor.

—¿Quiere usted que me quede?

—Es usted un paciente que debe obedecer órdenes y nada más.

—Si las órdenes proceden de usted, querida Gloria, son para mí...

—¿No podría permanecer silencioso un rato?

—Creo que he pasado dos días sin abrir boca. Es natural que ahora rescate el tiempo perdido. ¿No le parece?

—Creo que lo mejor será que yo salga de aquí y vengan Nana y Gastón a su cuidado.

—No cometa semejante barbaridad. Todavía tendría más remordimientos de los que ya tiene—dijo él—con humorismo.

La idea de que Ernesto se burlara de ella era otra de las cosas que la exasperaban.

—Deje de ocuparse de mí y, bien pensado, si quiero marcharme es lo mejor que puede hacer.

—¿Entonces me retenía aquí por su gusto?

—Basta de impertinencias.

—Prépareme una limonada y me irá.

Gloria llamó y apareció el cocinero.

—Gastón, traiga una limonada para el enfermo.

—No, no, nada de eso—dijo Ernesto—, la limonada me la preparará usted personalmente, doña Glorificación. Pueda ir a ello mientras yo me visto.

Salió Gloria de la estancia para volver al poco rato con un vaso de limonada. El paciente ya estaba dispuesto para marcharse. Bebió el brebaje con toda parsimonia ante Gloria y Gastón que había venido de escudero de su ama. Ernesto miraba a Gloria picaramente para ver si lograba arrancarle una sonrisa; pero ya se dio cuenta de que en aquel instante todo era inútil; Como si ella adivinara sus pensamientos, le dijo:

—No estoy enamorada de usted ni mucho menos. No es más que un leñador sin modales.

Pareció que él contaba hasta diez y mirándola cara a cara exclamó:

—Usted es una tontita desequilibrada—y volviéndose hacia el cocinero, cogió la bolsa de hielo, se la tiró a la cabeza, añadiendo—: y usted, si quiere que le cambie la voz, quítese el bigote.

Sin dárles tiempo a reaccionar Ernesto ganó la puerta y marchó de la casa en que tantos cuidados le habían prodigado a causa de su accidente sin proferir una palabra de agradecimiento.

COMPLICACIONES COMERCIALES

La primera visita de Ernesto fué para el administrador de las fincas, porque sabía que le tenía en buen concepto.

—¿Ya sabe usted lo que ocurre?

—Sí, Ernesto, me he enterado de todo y no me lo explico. ¿Y tu accidente?

—No ha sido nada de importancia; me han cuidado en casa de Gloria, pero a última hora hemos peleado como gatos. Está empeñada en quitarme el aserradero y entregar el mando a Roque Salgado.

—No me explico cómo esa muchacha hace estas cosas. Cuando llegó, pareció estar conmigo, totalmente de acuerdo en todo lo que había establecido su padre. No sé a qué atribuirlo.

—Ni yo tampoco—decía Ernesto con aire inocente—, aun cuando bien sabía él a qué obedecía todo.

Desde su primer encuentro con Gloria Santibáñez se había entablado un pleito entre los dos y era difícil prever quién saldría victorioso.

—Ella es la propietaria y como que tú no has cumplido, cree que yo lo siento mucho, pero si se empeña en cambiar de jefe, yo no podré hacer nada para ti.

—Ya me doy cuenta de que me he metido en un atolladero, y crea que todo lo que ocurre son mezquindades y envidias.

—Y una muchacha bonita por en medio—añadió el administrador dando palmaditas en la espalda de Ernesto. Todo se arreglará, ya verás tú. No te desanimes.

—Ya sabe usted que no soy de los que se acobardan fácilmente, pero Gloria Santibáñez es un poco difícil de manejar.

—Sí, es un potro salvaje educado en la ciudad; pero ya se dejará enjaezar, no temas.

No salió Ernesto del todo desanimado de casa del administrador, y como que no se sentía con ánimos para verse con sus

añadores se fué al lago con intención de dar un paseito en barca.

Llegó al embarcadero y se introdujo en una barquita sin salir de momento de donde estaba. Pensando en todo lo que le había ocurrido en el transcurso de aquellos días y animado por el consejo del administrador se puso a cantar.

Gloria había tomado una determinación tajante. Había requerido la presencia de Roque Selgado en su casa.

—Estoy resuelta a que se haga usted cargo del aserradero. Ernesto Morales ya no representa nada allí. Usted es el jefe de ahora en adelante y busque hombres para continuar trabajando con toda actividad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señorita Santibáñez.

No había olvidado Roque la lección recibida pocos días antes y también había comprendido que Gloria le pondría en el lugar que Ernesto ocupaba en el aserradero, pero no en el que ya tenía en su corazón.

Cuando Gloria que ya había salido al jardín y le pareció oír la voz de Ernesto cantando en el lago. Disimuladamente bajó hasta allí dirigiéndose al embarcadero. Allí mismo había una barquita, la cuerda de la cual estaba atada al bote ocupado por Ernesto. Este seguía cantando a todo pulmón.

—¡Oiga!—gritó Gloria ya desde en la barca—. ¿por qué no suelta la cuerda?

—Busque otro bote—contestó él sin cumplidos, pero al mismo tiempo ponía en marcha su barca y remolcaba aquella en que iba Gloria. Haciendo que estaba completamente ajeno a la carga que arrastraba, inició la siguiente romanza:

Escucha mi bien

Escucha, mi bien,
 es una sola palabra
 que viene a darte mi alma.
 Escucha, mi bien,
 hablar de querer
 en una sola pregunta.

Dime, mi bien, si te gusta
 hablar de querer...
 hablar de mi amor.
 Más preguntarte cerquita
 si acaso es mío tu amor...
 Contesta, mi bien,
 esta sencilla pregunta,
 la pregunta es si me quieres...
 Si quieres darme tu amor...

Gloria escuchaba embelesada la canción que para ella sola le dedicaba Ernesto, y sintió tentaciones de contestarle afirmativamente que sí, que le quería con toda su alma, que parara el bote y saltaría al agua; pero una vez más se intarpuso el orgullo. Recordó las órdenes que acababa de dar a Roque para que se hiciera cargo de la jefatura del aserradero y dejó que él terminara el canto sin hacer el menor movimiento y esperó a que las dos barquitas llegaran de nuevo al embarcadero para saltar a tierra sin ni tan sólo agradecerle el paseo o la canción.

Todos los leñadores estaban intrigados por saber cómo terminaría el pleito entre Ernesto y Roque. Ya se habían formado bandos y el último contaba con un grupo de leñadores que obedecían sus órdenes. La mayoría estaba a favor de Ernesto.

A primera hora de la mañana del día siguiente se presentó Ernesto al bosque, dirigiéndose al grupo en que se veía a Roque hablando con unos hombres:

—¡Don Roque, quítase el sombrero!—ordenó Ernesto.

—Estoy hablando con mis hombres.

—¿Quién te ha nombrado jefe, quiero saber?

—Bien lo sabes.

—Mira, Roque, el aserradero es mío mientras yo tenga la contrata de arriendo, que todavía poseo... ¿Entiendes?

Ernesto estaba de espaldas al camino y no vio que se acercaba Gloria.

—Te repito, Roque, que aquí no hay más amo que yo; ni la señorita ni nadie pueden quitármelo.

Vió Ernesto que todas las miradas convergían hacia él y miró atrás, viendo a Gloria.

—No le haga caso, señorita, es un puro hablador. Tengo contratados a los hombres: ¿Quiere usted conocerlos?— preguntó Roque.

—No creo que sea necesario—respondió Gloria, dirigiéndose a Roque, e ignorando por completo la presencia del otro joven—. Trabajen con toda actividad y ya me dará usted cuenta de lo que sea necesario.

Gloria dió media vuelta sin saludar a nadie más y emprendió de nuevo el camino de su casa.

No podía menos que admitir Ernesto que Gloria le había situado en una posición muy difícil, y si él no podía pagar los platos que le adeudaba, veía claramente que la orgullosa Santibáñez le dejaría sin negocio. Lo interesante ahora era hacerse con el dinero necesario para pagarle y suponía que entonces le dejaría en paz. En sus almacenes había buena cantidad de madera. Si lograrse venderla toda de una vez podría hacer frente a sus necesidades y despejar así un camino que estaba muy embrozado.

Montó Ernesto su caballo y se dirigió a un pueblo cercano, donde estaban instaladas las oficinas de la Randall Co., que compraban casi toda la madera que producían los bosques de aquella comarca.

Saltó Ernesto del caballo ante la oficina de Randall, ató el animal al poste ya ex profeso para el caso y entró en el despacho.

—Hola, amigo Ernesto! ¿Que le trae a usted por aquí?

—Me encuentro en un apuro, señor Randall; necesito una buena suma de dinero para hacer frente a exigencias del contrato con la propietaria del aserradero. Murió el señor Santibáñez y parece que con su hija no hay manera de entenderse.

—¿Cuál es su proposición?

—Que usted adquiera las tres mil toneladas que tengo ya disponibles y otras tantas que lograré cortar en pocos días.

—Sí, hombre; no me parece mal su proposición. Ya sabe que yo estoy aquí sólo para adquirir madera, siempre que sea de buena calidad.

—Ya conoce usted la producción de nuestros bosques por otras adquisiciones.

—Sí, sí. ¿Empezará pronto la entrega?

—A finales de la próxima semana. Mi plazo para pagar no vence hasta dentro de quince días, así es que disponemos de tiempo. Tendrá que hacer trabajar a los hombres con toda actividad, pero sé que por mí lo harán.

—A medida que vaya usted entregando madera se le abonará su importe y crea que de veras deseo que salga usted en bien de la empresa.

—Gracias, señor Randall, ya sabía que usted me ayudaría.

UNA CARRERA CON EL TIEMPO

Satisfecho del resultado de sus gestiones, Ernesto fué al aserradero, donde había la mayor parte de sus hombres que se habían negado a obedecer a Roque. Este, que comprendía en parte que lo que pretendía Gloria era una arbitrariedad, porque mientras Ernesto estuviera en posesión del contrato y éste no se le hubiese retirado, él continuaba siendo el amo. Era por estas consideraciones que el nuevo jefe no había querido forzar demasiado su autoridad. Había admitido a los que se le habían ofrecido y dejado en paz a los partidarios de Ernesto.

Cuando le vieron llegar a galope y sonriendo, todos los hombres ya supusieron que las cosas andaban bien con su jefe. De un salto puso pie a tierra y dió las riendas del caballo al fiel Evaristo.

—¡Muchachos! Traigo muy buenas noticias. Hemos de entregar a Randall toda la madera almacenada más otro tanto que hay que cortar y aserrar dentro de esta misma semana. ¿Puedo contar con vosotros?

—¡Sí!

Fue un «sí» estentóreo que el eco del bosque hizo llegar hasta la finca de Santibáñez, donde su propiedad estaba bastante más preocupada en aquel momento que su galán Ernesto.

—Será cuestión de trabajar de día y de noche. Formaremos turnos y no se parará un solo momento. Todas vuestras energías y entusiasmos para ayudarme en este paso. Después el aserradero ya no estará en entredicho porque se habrán cumplido todos los pagos y no aparecerán por aquí jefecillos de cartón.

—¡Viva Ernesto Morales!—gritaron, entusiasmados, los leñadores.

—Ahora mismo empezaremos a trabajar y ya veréis como salimos adelante.

No fue necesario que su jefe les arengara de nuevo. Unos con el hacha, otros en las sierras, otros embarcando madera, aquel bosque parecía un hormiguero humano. Cada hombre sabía cuál era su obligación y la cumplía. Ernesto estaba en todo, no descansando un solo instante. Se había ya cobrado la primera entrega y con ella satisficó uno de los plazos debidos.

Por la noche se turnaban los humores, y los que descansaban hacían fogatas, sentándose alrededor de ellas, cantando canciones y procurando un poco de distracción; pero en cuanto llegaba la hora de reanudar el trabajo no era necesario tener que acuciarles para que se levantaran y cada uno volvía a su sitio animado por el descanso y emprendiendo de nuevo la tarea con el mayor entusiasmo.

Iba Ernesto de un sitio a otro vigilando la buena marcha del trabajo y en esta tarea le ayudaba Evaristo. Se pararon un momento ante el fuego, viendo a los hombres que estaban descansando.

—Pueden dormir tranquilos porque vamos a buen tiempo, Evaristo.

—Ya se lo dije, Patrón, que sus hombres no le fallarían. Todos le quieren mucho.

—Sí, veo que han respondido.

—Mañana a primera hora haremos otro embarque. Ya está toda la madera almacenada.

—Si seguimos así, te prometo, Evaristo, que os voy a ofrecer una fiesta como jamás se ha visto en Michoacán.

—Con música...

—Música, guitarras... y mujeres, so pillastre.

—¿Cómo vamos a divertirnos!

—Se me olvidaba una cosa: y vino...

—Esto se daba ya por entendido — contestó el socarrón de Evaristo.

Pareció que Ernesto iba a decir algo y luego calló.

—¿Qué decía, patrón?

—Nada, nada.

—¿Se invitará a todo el mundo a la fiesta?

—Se invitará a todo el pueblo, y el que no quiera venir, que no venga.

—¿Y si ella no quiere venir?

—Tal vez, con los días que faltan, cambie de opinión. Como que yo tengo razón, voy a imponerla, le guste o no.

—¡Así son los hombres!

La noche era muy tranquila y apenas se movían las hojas agitadas por una ligera brisa que a medida que la noche avanzaba ganó en fuerza. No tardó mucho en convertirse en viento huracanado y del extremo del bosque donde estaba almacenada la madera para su embarque surgieron de repente unas llamas. El vendaval favoreció aquel fuego, casual o intencionado, y a los pocos minutos ardía todo el bosque.

Huyeron asustados los leñadores, y reunidos a las órdenes de Ernesto se formó una cadena de hombres para aislar el fuego; pero era tanta su fuerza que ganaba terreno con velocidad vertiginosa sin que el esfuerzo humano pudiera contenerlo. Los hombres cavaban trincheras y arrojaban arena; pero los árboles eran tan altos que al caer hechos un ascua propagaban el fuego a gran distancia y resultaba imposible contenerlo. Solamente si cesara el viento se podría localizar. El mal ya estaba hecho y la ruina de Ernesto parecía inevitable.

Cuando el sol iluminó el bosque, los semblantes de los leñadores eran para dar miedo. Rendidos de fatiga, tiznados por las

pavesas y su expresión de desespero ante la desgracia, era realmente un espectáculo dantesco, en cuyas caras se leía que aquellos hombres habían perdido toda esperanza.

—¡Qué desgracia más enorme!—dijo uno de los leñadores a Roque.

—No era de esperar una cosa así.

—¿No habrá habido alguna mano criminal por ahí que se haya entretenido prendiendo fuego al bosque?—murmuraba otro.

Aquel incendio representaba la ruina para mucho tiempo. La cantidad de madera depositada ya para el embarque sumaba miles de dólares, que hubiesen permitido a Ernesto salir adelante en sus negocios, y ahora, en pocas horas, todo se había hundido.

—Dicen que Ernesto está desesperado—dijo uno de sus adictos.

—Es un orgulloso—contestó un partidario de Roque—; esto va a servirle de lección para no envalentarse.

—No es una cuestión de orgullo ni nada de eso; todos debemos lamentar lo ocurrido porque los primeros que vamos a sufrir seremos nosotros. De aquí a que el bosque pueda rendir de nuevo hay para mucho tiempo. No nos tocará otro remedio que desplazarnos a otra comarca—explicitaba uno de los leñadores amigos de Ernesto.

—A veces—decía Evaristo—, estos fuegos son muy aparatosos, pero luego que se han sofocado y desbrozado el bosque, se encuentra uno en que no hay tanta pérdida como se pensaba.

—Sí; os podréis dedicar a vender carbón de leña, que también lo pagan bien—dijo un amigo de Roque.

Este era el ambiente que se respiraba entre los leñadores de Ernesto, muy de veras apenados por el fracaso sufrido cuando ya estaban tan cerca de vencer todos los obstáculos.

Por su parte, Ernesto, aunque desesperado por lo ocurrido, pues para él representaba mucho más que para todos, conservaba la serenidad, y en su vivaz imaginación estaba ya buscando el medio de poder pagar a todos sus obreros, puesto que ellos no tenían ninguna culpa de lo ocurrido.

Llamó a Evaristo, su hombre de confianza, y éste casi se deshacía en lágrimas al ver a su amo tan abatido.

—¡Patrón, me parte el alma mirar este bosque! Ayer parecíamos hormigas cada uno con su leño al hombro y hoy no hay nada. Patrón, ¿qué haremos?

—Algo hay que hacer, Evaristo, y aunque te parezca extraño, dentro del disgusto y pena que estoy pasando, hay una cosa que me compensa de todo ello.

—¿Qué es, patrón?—preguntaba Evaristo, cariñoso, al observar que su jefe empezaba a reaccionar.

—Pues es el disgusto que todos pasáis por lo que me ocurre. No creía que tuviera tan buenos amigos en todos vosotros.

—Ya sabe, mi patrón, que cada uno de nosotros sería capaz de dejarse matar por usted.

—Antes así lo creía; pero como que con la actitud de Roque han habido algunas deserciones, no sabía exactamente qué terreno pisaba.

—Terreno firme, patrón, muy firme. Y...

—Y ¿qué?

Sonrió Evaristo, bajando los ojos y señalando con la cabeza el caserío de Santibañez.

Bien comprendió Ernesto la intención de su capataz, pero quiso hacer el desentendido para obligarle a hablar claro.

—No atino, Evaristo, ¿qué quieres decir?

—Me refería... a ella, a la señorita Gloria.

—No sé nada ni quiero saber. Tal vez es a ella a quien se tendría que pedir una explicación de todo lo ocurrido.

—¿Supone que haya podido incendiar el bosque?

—No, hombre, ni soñarlo; pero si no se hubiese presentado aquí con la cabeza llena de pájaros, estaríamos trabajando tranquilamente y no habría ocurrido nada. Finalmente, tampoco cobraré ahora.

—¿La ha visto?

—No, es muy temprano, y además, no quiero verla, ¿para qué?

—Es una lástima.

—¿Que es una lástima?

—Que no se entiendan, es decir, que no simpaticen.

—La simpatía, Evaristo, no se vende ni se compra. La señorita Santibáñez tropezó conmigo en la carretera aun antes de llegar a Pátzcuaro, y a pesar de que le presté un gran servicio, desatascando su coche de la cuneta, nunca me lo ha reconocido.

* Se calló muy bien el gran pillastre de contar a su secretario que se había cobrado el servicio con intereses, premeditación y alevosía. Lo único que faltó fué la nocturnidad; pero esto se lo guardaba para su capote, dejando que Evaristo creyera que la propietaria de la finca era una desagradecida.

—Yo creo, patrón, que Gloria sentirá el percance.

—Ya te he dicho, Evaristo, que lo que pueda pensar esa señorita me tiene muy sin cuidado. Considero que ella me ha arruinado y eso me basta.

Miraba Evaristo a su amo, en cuyos ojos veía brillar un poco más de humor que cuando le encontró a primera hora. Era el capataz hombre ya de años, y la experiencia que poseía sobre mujeres y amores, le indicaba que a pesar de todas sus protestas estaba muy interesado en su propietaria. Bien se sabe que los grandes amores nacen de grandes odios, y él les había visto por la mañana del día de la fiesta en la capilla y por la noche en la fiesta hasta que Roque intervino, y no eran precisamente indiferentes las miradas que cambiaban los dos.

Sería cuestión de esperar, y ahora ella demostraría qué clase de corazón tenía si no se prestaba a ayudar a Ernesto después de la desgracia, que vaya que si, ella tenía la culpa de todo. ¡Dichosas mujeres, y los hombres son tan idiotas que todavía les hacen caso!

—¿Sabes qué he pensado, Evaristo?

—Usted dirá, patrón.

—Venderé toda la maquinaria del aserradero que me pertenece y con lo que saque de ella os pagaré a vosotros, tenéis derecho a cobrar.

—Esto no es ninguna solución.

—¿Cómo que no?

—Es dejarnos sin trabajo y sin amo.

—Pero ¿qué otra cosa puedo hacer yo? Gloria me echará del aserradero, no puede presentarsele mejor ocasión y seguramente la aprovechará.

—Esto, mi patrón, no lo ha meditado bien. Es muy de horita todavía y tiene en el cuerpo el susto del fuego. Estas resoluciones hay que tomarlas con calma y tal vez sería bueno consultar a los leñadores.

—¡Cuánto siento no poderos dar la fiesta que os ofrecí!

—Ya la daremos otro día.

—Entonces, Evaristo, ¿qué me aconsejas?

—Que llame a los leñadores y les diga lo que me ha dicho a mí de vender la maquinaria para pagarles y marcharse.

—Díselo tú y que me contesten.

Partió Evaristo adonde se hallaba el mayor grupo de hacheros, rendidos todavía por los esfuerzos realizados para aislar el fuego, y les contó lo que le había dicho Ernesto.

—Ni hablar—dijo uno.

—Nosotros siempre con Ernesto—dijo otro, mientras los demás asentían con la cabeza.

—Pues a comunicárselo a él, porque está decidido a marcharse.

Se levantaron los que estaban echados al suelo, incluso algunos dormían, y juntos fueron a encontrar a su amo. Vió Ernesto que se acercaba aquella comisión y por sus semblantes no le cupo la menor duda de que traían un mensaje de paz y armonía.

—No queremos otro patrón—dijo el que tomó la palabra en nombre de todos, y aunque el tono era burdo, la voluntad era buena.

—Muchachos, yo no os puedo pedir más sacrificios. Habéis trabajado como leones cuando os lo he pedido, pero ahora ¿qué os puedo ofrecer?

—No importa, continuaremos a su lado como hasta ahora y de seguro que encontrará una solución. Nosotros solos no iremos a ninguna parte.

—Es enorme la satisfacción que me proporciona vuestra ac-

titud y con ello me obligáis a buscar otra solución a la que yo había hallado. Volved a descansar, muchachos, y más tarde volveremos a reunirnos. Evaristo, tú quédate conmigo.

Se dispersaron los hacheros, y Ernesto, seguido de Evaristo, se encaminó a su caseta también para descansar.

La mañana ya estaba bastante adelantada cuando Evaristo le despertó para avisarle que había llegado el señor Randall.

El encuentro entre los dos hombres de negocios fue triste.

—¿Viene usted a rescindir el contrato, supongo, señor Randall?

—¿Lo cree usted así, amigo Ernesto?

—¡Qué otro remedio queda!

—Ya comprendo su estado de ánimo, y muchos en este caso harían lo mismo; pero usted verá, nuestra compañía trabaja en forma completamente distinta.

Ernesto, aunque estaba mucho más descorazonado de lo que aparentaba, le pareció que el señor Randall no estaba en sus cabales.

—No sé cómo trabaja su compañía, pero yo sé que, si se ha incendiado el bosque, hay para un buen rato hasta que se pueda sacar madera.

—Mira usted, Ernesto. Nuestra compañía se hace cargo de lo que son estas cosas. Yo he comunicado con la central a primera hora. Les he enterado de lo ocurrido, de la cantidad de madera entregada, de la que falta, y me han dado orden de que le pagara a usted lo que se le adeudaba... y que le hiciera un anticipo.

Tentóse Ernesto la ropa, porque supuso que estaba soñando.

—¿Qué dice usted, Ernesto?

—No sé qué decir. No es corriente tanta hidalgula entre comerciantes, y ustedes no venían obligados a ello no habiendo yo cumplido el compromiso. Casi me parece mentira lo que estoy oyendo.

—Nada de eso, aquí tiene usted los dólares y ya me hará saber qué anticipo necesita para empezar a trabajar de nuevo.

Con toda parsimonia el señor Randall sacó un fajo de billetes

que entregó al leñador. Este le firmó un recibo y se despidió cordialmente de la última persona que jamás hubiese pensado le pudiera rendir tamaño servicio.

Evaristo había presenciado toda la ceremonia.

—¿Qué dice ahora el patrón?

—¡No sé qué decir! ¡Llama a los hombres!

Salió Evaristo de la caseta corriendo como un gamo y a los pocos minutos se hallaban todos los hacheros escuchando las buenas noticias que su patrón les daba.

—Es una de aquellas suertes que sólo ocurren una vez en la vida, y ahora, si es verdad que queréis trabajar conmigo, podéis hacerlo. La compañía de Randall nos da la mano y vamos a empezar de nuevo. Hoy mismo hay que desbrozar el bosque, ver los árboles que han quedado en pie, lo que se ha salvado de los depósitos y si antes de pocos meses logramos recuperar algo de lo mucho perdido. ¿Puedo contar con vosotros?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!—gritaron todos los hombres a la vez.

—Con este dinero voy a pagar el plazo a la propietaria y aun podremos celebrar una fiesta.

La alegría brillaba en los ojos de Ernesto, y una vez más era el hombre animoso y valiente que siempre se había conocido.

—Tráeme el caballo, Evaristo, que voy a ver a la señorita Santibáñez.

Llegó el capataz con el caballo y lo montó Ernesto. La distancia podía recorrerse andando; pero él tuvo el capricho de ir con el mismo caballo que había sacado el coche de Gloria de la cuneta.

Con la cabeza descubierta y la mirada alta, cabalgaba Ernesto feliz como pocas veces lo había estado en su vida. Ahora las cosas tomarían otro rumbo para él y... ¿quién sabe si aquella orgullosa niña...? No quería pensar en nada concreto y seguía adelante tratando de adivinar en qué forma le recibiría ella. Tal vez se negaría a verle y le mandaría a su administrador. El no creía mucho en su disgusto y lo atribula todo más bien a la mala crianza de la joven. Si no le recibía, peor para ella, se privaría del gusto de verle. Sin que fuese un temperamento vanidoso, se había dado

cuenta de que le había sido simpático y de no haber sido por las bromas de aquellas muchachas tampoco las cosas hubiesen ido tan lejos.

Distraído en estas meditaciones, Ernesto no se dió cuenta de que en dirección contraria a la suya venía un jinete al galope. Cuando le oyó le tenía ya a muy poca distancia. Vió que era Roque y pensó hablarle. Paró su caballo en mitad del camino para darle a entender que quería saludarle y el otro también hizo alto.

—¡Roque! Tengo noticias importantes para comunicarte.

—¡Tú dirás! ¿Que te marchas?

—Esto es lo que tú quisieras, seguramente; pero te equivocas. Me quedo.

—¿Sí?

—¿Lo sientes?

—Ni lo siento ni me importa. Te crees que te quedas, pero tú verás como no estás mucho tiempo por aquí.

—Pues a pesar del incendio y de todos los contratiempos, me quedo y seguiré trabajando.

En el semblante de Roque aparecía una sonrisa burlona que molestaba a Ernesto. Sentía unas tentaciones grandes de desbaratarle las facciones con un buen puñetazo, pero se contuvo.

—¿Entonces has podido reunir fondos para continuar trabajando?

—Randall se ha puesto de mi lado, me ha pagado y me ha dicho que le pidiera el anticipo que quisiera, así es que ahora todo es mío.

La carcajada de Roque se oyó a una milla de distancia.

—¿Y no sabes de dónde proviene la generosidad de Randall?

—De su compañía, les interesa la madera que yo pueda servirles.

—¡Estúpido! Podrás continuar trabajando con la ayuda de Gloria.

—¿Qué dices?

—Con la ayuda de Gloria Santibañez, la propietaria de las fincas, quien seguramente, arrepentida por los malos ratos que te ha hecho pasar...

—¿A mí?

—Sí, hombre, sí; no lo niegues, estás enamorado de ella.

—¡Cállate!

—No; voy a cantarte toda la cartilla.

—¡No te atrevas a decir ninguna barbaridad!

—No diré más que verdades que tú mismo podrás comprobar, si es que te diriges a verla.

—¡Habla!

La seguridad del tono de Roque había puesto receloso a Ernesto y temía de antemano lo que le iba a decir. Si era lo que pensaba, todo sería inútil. No habría fuerza humana que le obligase a quedarse en Pátzcuaro. Jamás le volverían a ver por allí.

—Pues la cosa no puede ser más sencilla. Gloria ya se enteró del incendio por la noche y ha movilizado toda su influencia y sus medios, ha llamado a Randall, exponiéndole el plan que ha ideado su cabecita para salvar a su caballero de la ruina. Ha entregado los dólares a Randall para que te los diese a ti como cosa de la compañía, pues es lo suficiente lista para suponer que de ella no los aceptarías y ahora tú vas a pagarle el plazo con su propio dinero. ¿Está claro?

No esperaba Roque la contestación que le dió Ernesto y que consistió en saltar de su caballo al otro y derribarle al suelo para entablar una lucha libre que duró mucho rato porque no había un arma que pudiera separarles.

Con qué gusto azotaba Ernesto a su adversario. Aunque estaba seguro de que era verdad cuanto había dicho, la noticia le indignó tanto, que presumiendo que no podría hacer otro tanto con Gloria, descargó toda su furia contra aquel emisario, que tanto había gozado en darle la puñalada que sabía había de causarle un gran disgusto.

Fué por agotamiento de ambos contendientes que cesó la lucha, y al hacer recuento de fuerzas, Roque lucía un ojo morado que no le favorecía demasiado.

Sin hablar una sola palabra, cada uno montó su caballo y continuaron en direcciones distintas, aunque mucho más molidos que cuando se habían encontrado.

PREPARATIVOS DE MARCHA

Todo lo que Roque había contado a Ernesto era la pura verdad y aunque él tenía orden de no decir nada, era tanta la envidia que sentía por su rival que no pudo resistir la tentación de derribar sus ilusiones cuando le vió venir por su camino alegre y orgulloso como siempre.

Lo que no había podido comunicarle, porque había agotado la paciencia de su oyente, era que Gloria había decidido regresar a Méjico, porque Pátzcuaro le resultaba un poco incómodo después de tantos acontecimientos, en los que ella no había desempeñado un papel demasiado airoso. Había dado instrucciones a su administrador para que se pusiera de acuerdo con Randall, siguiendo las órdenes que ella le había dado, y empezó a sacar su royo para arreglar el equipaje. Lo hacía con muchísima calma; quieras que no estaba interesada en Ernesto; pero ella había llevado el asunto en tal forma que no le quedaba otra solución que una retirada airosa. Procurar hacerse añorar y quién sabe... ciudad de Méjico no era tampoco a una distancia astronómica como la luna.

Una de las personas que más lamentaba todo lo ocurrido era Nana, que veía con lágrimas en los ojos los preparativos de Gloria para la marcha. Nana se había forjado la ilusión de que se casaría con Ernesto y tendría a niña Gloria en Pátzcuaro para toda la vida. En lugar de todo esto, ahora ya no se veía otra cosa que movimiento de maletas, caras largas y mal humor, incluso por parte de Gastón, que desde el día de la fiesta ya encontraba más interesante la campaña mejicana.

No decía Gloria una sola palabra e iba sacando ropa de los cajones para amontonarla en las maletas con una desgana atroz.

—¡Qué tristes son las marchas!—suspiraba Nana.

—Nunca pensé quedarme en Pátzcuaro, Nana.

—Ya lo supongo, niña Gloria; pero su padre, que en paz descansa, pasaba aquí muchas temporadas y le gustaba mucho.

—Yo he estado muy pocos días y ya ves cuánto disgusto.

—Ha sido una casualidad, porque el personal es pacífico.

—Estarían esperando mi llegada para desbordarse. Es así cómo le agradecen a una que se sacrifique haciendo un viaje atroz y cansado para que luego empiecen las luchas y las rivalidades. Es mucho mejor que me vaya y renacerá la tranquilidad.

—¡Ay!—suspiró Nana.

—No suspires tanto y ven a ayudarme. Coloca esta ropa en esa gaveta, el traje aquí...

Las órdenes que daba Gloria eran absolutamente absurdas, mezclaba una cosa con otra y bien se veía que no tenía la cabeza en lo que hacía.

El galope de un caballo cortó el silencio que imperaba en la cámara de Gloria. Aquel galopar le trajo a la memoria el de aquel jinete que el día de su llegada la sacó del atoladero en que se había metido. ¿A qué precio?, pensó Gloria, y quieras que no revivió en su memoria el accidente en el bosque, el despertar en brazos de Ernesto y todo lo que siguió en días sucesivos. Ya había abandonado el plan de estar furiosa con él. Le gustaba, casi le quería, y por esto no había vacilado en hacer aquel arreglo con Randall; pero no quería que se enterara porque temía su reacción. Gloria comprendía que bajo aquel aire humorístico de Ernesto y su insolente audacia había un hombre entero, que puesto en una situación difícil sabría muy bien qué actitud adoptar.

No cabía duda que el caballo había parado ante la finca. Al poco rato se oyeron pasos en la entrada y Gastón anunció la presencia de Ernesto en la casa.

Vaciló Gloria en recibirle; pero también ella era valiente y saldría a su encuentro. No sospechaba la causa de la visita porque ignoraba que Randall ya le hubiese visto y mucho más ignoraba el encuentro con Roque completamente imprevisto.

Salió Gloria a saludarle y con una sola mirada tuvo bastante para comprender que iba en son de guerra.

—Señorita Santibáñez... ¿entregó usted dinero a Randall para que me lo diera a mí?

No esperaba Gloria una pregunta tan clara y tan concreta. Su primera intención fué negarlo y él le adivinó el pensamiento.

—Le aconsejo que no lo niegue, quien me lo ha dicho podía saberlo.

Permanecía ella silenciosa.

—Siempre me extrañó la actitud de Randall. Los hombres de negocios no corren en socorro de un arruinado y debí habérselo rechazado; pero ha llegado a una hora en que todavía no me daba cuenta de lo que me pasaba. El siniestro ha sido grande y enorme la pérdida; por esto, cuando no se tiene nada, uno se siente generoso, y ahora he venido aquí para devolverle su dinero —y Ernesto dejó el fajo de billetes encima la mesa—, y a decirle también que haga lo que quiera con el aserradero, poco me importa ya a mí todo esto. ¡En mala hora llegó usted a Pátzcuaro, Gloria Santibáñez! No será muy bueno el recuerdo que de usted guarden los hacheros. Usted ha gozado burlándose de mí. Si esto le ha hecho feliz, mejor para usted. Cuando la conocí creí que era otra clase de mujer. No sé por qué pierdo tanto tiempo hablando.

Todo el aplomo, serenidad y talento que Gloria creía poseer le falló en absoluto. Allí estaba escuchando el chaparrón de palabras que Ernesto le dedicaba y ella permanecía inmóvil, sin justificarse, sin defenderse, lo que la hacía declararse culpable de cuanto él le echaba en cara.

En su cerebro bullían miles de argumentos y justificaciones, la nobleza de su gesto, el interés que por él sentía, hasta palabras de perdón pugnaban por salir, pero no pronunciaba ninguna. Interpretando él aquel silencio por orgullosa testarudez, dió media vuelta para marcharse.

Este movimiento pareció reanimarla.

—¡Ernesto!

—¿Qué quiere?

—Usted ha estado hablando todo el rato y creo que yo podría también decir algo.

—Cree que cuanto más se hable, peor se pondrá el asunto, que por mi parte ya doy por terminado.

—¿Ha pensado usted en sus hacheros? Si se cierra el aserradero, son muchos los que van a quedar sin trabajo.

—¿Ahora le preocupa a usted esto? ¿Quién promovió el primer conflicto dividiendo a los hombres?

—Yo creía entonces...

—No era ésta una cuestión para que usted interviniera. Su padre, que en gloria esté, siempre estuvo a la confianza del señor administrador, y su señor padre era un hombre que entendía al negocio; no obstante, nunca quiso intervenir en cuestiones como éstas en que usted ha querido mezclarse, con valiente resultado.

—Por esto he intentado repararlo, y ahora es usted quien promueve el nuevo conflicto.

—Pero ¿es posible que le haya cruzado a usted por la cabeza que yo iba a aceptar su dinero?

—Es un asunto comercial.

—Que me ponía en evidencia en toda la comarca, y usted es la primera en reconocerlo porque de no tratarse más que de un asunto comercial, hubiese venido personalmente con la solución y no se habría valido del señor Randall para que hiciera de intermediario.

La lucidez de Ernesto era perfecta, tanto como la torpeza de Gloria en este caso.

—No fui personalmente porque temí sus desplantes.

—Los temía porque tengo motivos para estar ofendido con usted.

A la mente de Gloria acudieron las impertinencias de Ernesto en los primeros días de su amistad, pero le parecieron motivos tan frívolos comparados con lo transcendentales que para él resultaban los que alegaba, que Gloria no se atrevió a usarlos en su defensa.

—Hemos hablado lo suficiente, señorita Santibáñez, y me despido para siempre.

Giró el galán sobre sus tacones y abandonó la sala en que le habían recibido.

Nana le esperaba en la puerta.

—Niño Ernesto, no se vaya así.

—¿Qué he de hacer, Nana, esperar a que tu señorita siga jugando conmigo como con un muñeco?

La buena criada le hizo una seña para que le siguiera a otra habitación, no fuese caso que Gloria la oyera. Nana lloraba:

—Ha pasado un disgusto terrible desde que supo que se había incendiado el bosque y sólo mandó llamar a Randall porque le quiere, niño Ernesto; ha estado llorando mucho rato y lloraba mientras arreglaba las maletas, porque esta también se va.

La noticia cogió de sorpresa a Ernesto y no dejaron de gustarle las cosas que le decía la criada.

—Pero ¿qué puedo hacer yo, Nana? Tu ama tiene una manera extraña de ser.

—Yo no me precipitaría marchándome y tomando resoluciones graves, niño Ernesto, hay cosas que requieren tiempo.

—No sé, esas señoritas no son como las mujeres de por aquí.

—Es verdad, pero es mucho más bonita y más lista, ¿no, niño Ernesto?

Nana defendía bien su papel de diplomática. No quería ver los ojos de su ama empañados de lágrimas y se proponía poner toda su astucia en juego para reunir a los dos jóvenes.

—No te negaré que la muchacha me gusta, pero me ha hecho unas jugadas de aquellas que no se perdonan.

—Ella te quiere—dijo Nana en voz muy baja y abriendo los ojos desmesuradamente.

No pudo Ernesto contener la risa ante aquella declaración que de haberla oído Gloria le habría valido un escobazo a Nana.

—No, no hay nada a hacer. Esto son figuraciones tuyas, Nana. Niña Gloria me detesta. Lo que ha hecho lo demuestra sobradamente, no tiene arreglo.

—Todo lo tiene cuando hay buena voluntad. Niño Ernesto, no se marche todavía de Pátzcuaro, espere un poco.

—¿Para qué?

—¡Qué sé yo! Mi niña arregla su equipaje, pero tampoco lo hace con demasiada prisa.

—Adiós, Nana, y que la Virgen premie tu buena intención.

Cuando Nana se reunió de nuevo con Gloria, ésta se hallaba todavía más acongojada que antes de la visita de Ernesto. Había dejado de arreglar sus cosas y permanecía sentada en una butaca con la mirada fija en el suelo.

Con astucia de vieja, Nana empezó a arreglar la ropa y a colocarla en las maletas, siguiendo las indicaciones que antes le había hecho su señorita.

—Deja esas cosas, Nana, yo las arreglaré.

—¿Ha variado de opinión, desde que habló con niño Ernesto?

—Todo lo que he hablado con ese hombre ha servido para convencerme todavía más de que debo irme en seguida.

—Pues entonces, yo lo arreglo todo, no vaya a fatigarse mi niña, después de tanto disgusto.

—Nana, te repito que yo arreglaré mi ropa. Puedes marcharte.

—No se enoje conmigo, Glorita; yo no tengo la culpa de todo lo que está sucediendo en esta bendita tierra.

—A la que ojalá no hubiese venido.

—La Santa Virgen de Guadalupe que no escuche estas palabras.

—Por favor, Nana, que mis nervios ya no pueden más—dijo Gloria, y se puso a llorar.

No sabía Nana exactamente qué hacer, pero opinó que aquel temporal de lágrimas sería una cosa muy saludable para su señorita, y que pasada la tempestad podría iniciar unas negociaciones diplomáticas que completaran las que ya había emprendido con el galán. Después de lo que le había dicho a Ernesto estaba segura de que no se marcharía con tanta precipitación como había dado a entender. Ahora lo que le interesaba era apaciguar a esta palomita, que estaba más enamorada del leñador que no lo estuvo Julieta de Romeo.

—No llore, mi niña, que es cosa que afea los ojos.

—Poco me importa a mí eso.

—Hay quien tiene que mirarse en ellos.

—¡Calla!

—Niña Gloria... He hablado con niño Ernesto al marcharse.

—Ya lo he supuesto.

—¿Estaba más triste!

—¿Tú has oído sus insolencias? ¿Dónde estaba la tristeza, te pregunto?

—Fingía.

—¿Sí?—preguntó Gloria interesada, olvidándose a su vez de disimular.

—Sí, lo sé bien seguro. Niño Ernesto había venido aquí con intención de perdonarla.

—¿Perdonarme a mí? ¿Qué había de perdonarme?

—Todo eso del dinero y los hacheros y Roque, todo ese lío que no comprendo, en que nos hallamos metidos.

—Eso está ya tan enredado que no hay quien lo arregle.

—A los jóvenes todo les parece que no tiene solución, pero yo sé muy bien que una sola palabrita, ¡qué! una mirada tan sólo, arregla muchas cosas cuando ya el corazón está interesado.

Con qué gusto escuchaba Gloria la chachara de su vieja criada, aunque seguía mirando al suelo y llevando un compás extraño con el pie derecho.

—No hay corazón que valga con gentes orgullosas y groseras como es tu don Ernesto.

—Si le conociera como yo le conozco y le hubiese visto en la entrada al despedirse. Estaba acongojado. Me ha dicho: Nana, me voy, aunque la quiero tanto...

Es verdad que él no había pronunciado semejantes palabras; pero ella lo había leído en la expresión de sus ojos y para el caso daba lo mismo. Con satisfacción vio la vieja que Gloria iba apaciguándose y ya no la interrumpía. Animada continuó contando las excelencias de aquel muchacho al que había conocido de niño, y que tanta simpatía había siempre inspirado a don Manuel Santibáñez, de feliz memoria. No era corta de palabras la tía Nana, y como buena casamentera sabía combinar los elogios con las censuras e introducir alguna anécdota graciosa, hasta que casi puso a Gloria en el trance de suplicarle que fuese corriendo a llamar a

Ernesto que volviera a la casa. Pero el orgullo de Gloria permanecía en guardia y no descansaba un momento.

Ernesto había ido allí a insultarla y no sería Gloria quien correría tras él. Lo que sí haría, sería aplazar el viaje de regreso a Méjico; pero sólo por un par de días.

—Bien meditado, mi niña, en un par de días pasan muchas cosas en la vida, y cuánta felicidad se ha echado al río por demasiado orgullo. Es un mal consejero el orgullo. Sí, sí, ya lo creo.

—Estoy muy cansada, Nana, quisiera descansar. Apenas he dormido esta noche con tantas emociones.

Era preferible dejarla sola, pensó Nana. Ya le había dado tema para pensar y la soledad acabaría por convencerla y ya veríamos cómo hacerla volver a él con cualquier pretexto.

Mientras tanto, los leñadores, animados por las últimas palabras que habían escuchado de Ernesto habían reanudado el trabajo e iniciado la limpieza del bosque, donde todavía quedaba rescoldo del pasado fuego.

¿Y por qué no habían de seguir trabajando?, pensó Ernesto. Ya están dispuestos a ello y mucho será que no salgamos adelante y podamos hacer frente a la situación sin la ayuda de nadie. Por otra parte, ahora ya no temía la oposición de Gloria a que él estuviera al frente del aserradero, cuando se había desprendido de dinero para que la empresa funcionara, así es que fué a reunirse con sus hombres reanudando las órdenes que les había dado después de la visita de Randall.

Siguieron unos días de actividad febril en los bosques con Ernesto vigilando personalmente la sierra y los embarques, con lo que lograron servir una parte de lo comprometido, porque el fuego había respetado alguna de la madera que se hallaba en el depósito.

Randall mantuvo su palabra y pagó la cantidad que le correspondía, sin hacer la más mínima alusión a los ofrecimientos hechos en la mañana del siniestro.

—Mis hombres se merecen una fiesta—dijo Ernesto a Evaristo cuando se hubo despachado la última remesa.

—Yo creo que sí. Han trabajado mucho y han demostrado gran voluntad.

—No tendrá la importancia de la que les tenía preparada, pero algo donde puedan cantar y divertirse un rato.

—Avisaremos a los mejores guitarristas de la comarca, no faltarán las muchachas ni los trovadores.

—¿Por qué no hacer una de esas fiestas de disfraces?

—Sí, el poder venir con la cara tapada animaría a más de uno... y de una.

La noticia de la próxima fiesta circuló con la velocidad del rayo, y no hubo moza ni mocifa que no preparase su careta para acudir al baile. También los hombres se disfrazarían y así podrían decir a las mozas toda clase de lindezas sin que se comprometieran a nada.

¿Con qué ilusión esperaban algunos aquella fiesta!

Ya se cuidaba Nana de tener a Gloria al corriente de los acontecimientos de la villa y no paraba en todo el día hablando de la fiesta. Todos iban a ella, hasta su nietecita vestida de vieja, y Gastón y el chofer. ¿No iría niña Gloria?

—No sé, Nana, no estoy muy de humor y se trata de una fiesta de los leñadores... después de todo lo que ha ocurrido.

—Puede ir disfrazada, nadie va a conocerla.

Gloria había guardado un recuerdo de la primera fiesta a que asistió en Pátzcuaro. La famosa flor que le ofreciera Ernesto, igual a las tres que le habían devuelto las tres mocitas despechadas porque estaba con ella todo el rato. A medida que se aproximaba la hora del baile, Gloria se afirmaba más en la resolución que había tomado.

Cuando llegó la noche vió con calma cómo marchaban todos los de la casa al sarao. Ella permaneció en su habitación. Media hora más tarde se deslizaba hasta el baile, que estaba en plena marcha cuando llegó.

Paseó discretamente por allí en busca de alguien determinado a quien no veía en parte alguna, y cuando menos lo esperaba se encontró cara a cara con Ernesto. Quitóse ella la careta inmedia-

tamente. Las miradas que cambiaron fueron muy distintas de las de la última vez en que se vieron.

—¿Dónde va Ernesto?

—En cuanto termine la fiesta marcharé, esta misma noche.

Gloria no dijo nada y le mostró la flor de erendia que él le había dado.

—¿Ha venido para devolverme la flor, Gloria?

—No, ha venido para decirle que me la guardo.

No esperó Ernesto más permiso y cogiendo a Gloria en sus brazos la besó apasionadamente.

FIN

Los mejores chistes humorísticos

Tan... tan...

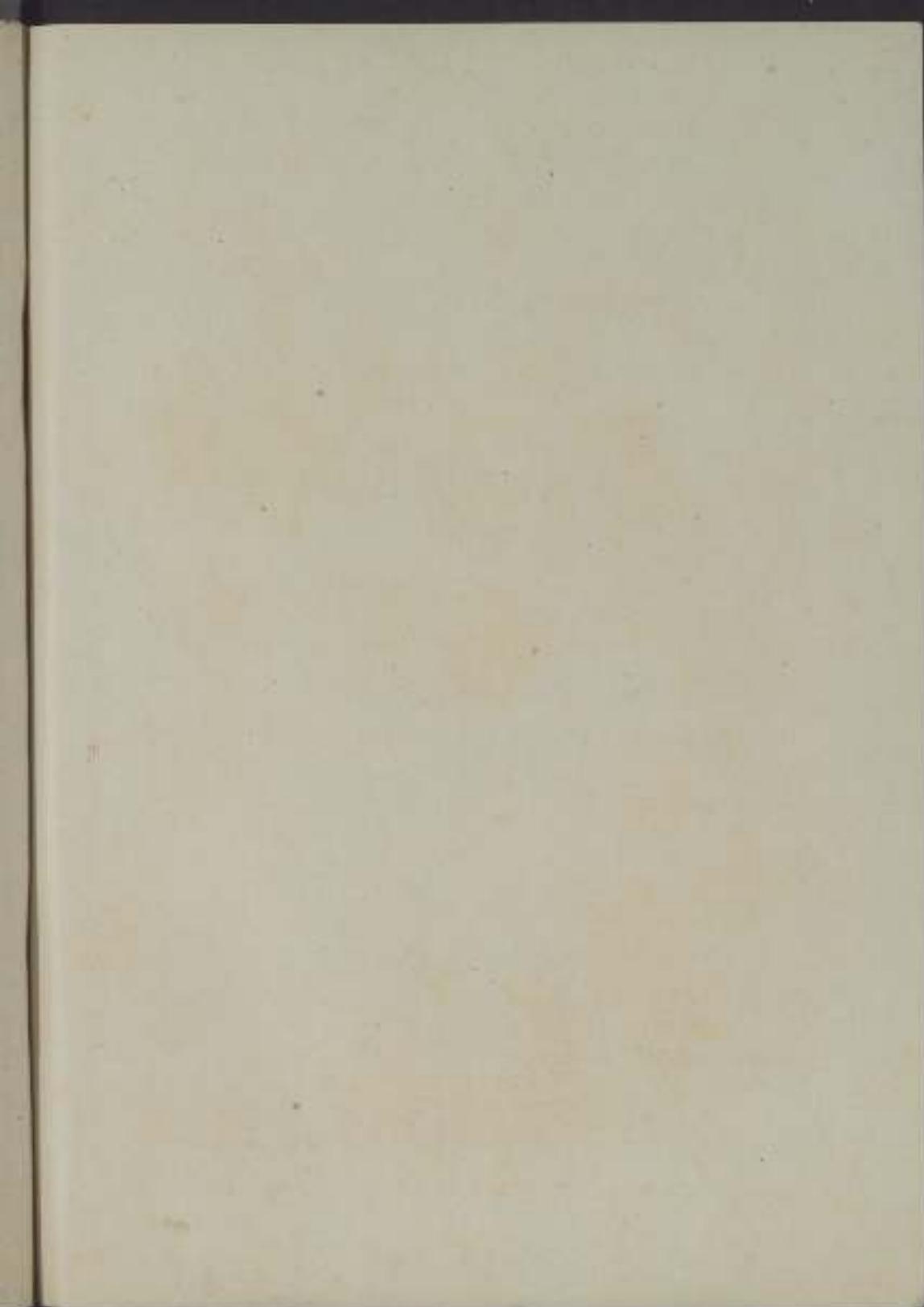
de venta en todos los quioscos

1'50 pesetas

No deje usted de coleccionar los

CANCIONEROS de JORGE NEGRETE

Canciones mexicanas	1'— peseta
JORGE NEGRETE «Selecciones»	1'— »
Creaciones de JORGE NEGRETE	1'50 »
JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA	1'50 »
JORGE NEGRETE sus nuevos éxitos	1'50 »



No deje de leer en

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 3 pesetas
150.000 letras de texto

HOMBRES INTREPIDOS

Novela realista de los narradores del mar, con sus proezas, aventuras, arrojo y la ruda coraza de sus cuerpos bronceados de navegantes.

LA RUTA DEL ESTE

Novela documental histórico de gran emoción e interés, describiendo los efectos de los torpedos, submarinos, explosiones y hundimientos. ¡Cautela! - ¡Astucia! - ¡Decisión!

KIT CARSON

Gran novela de aventuras entre los indios salvajes y los ejércitos mejicano y americano durante la guerra de liberación de California.
JOHN HALL - LYNN BARY

¡ACONTECIMIENTO!

EL IMPERIO FANTASMA

3'50 ptas.

Primera parte: **LA CAMARA DIABOLICA**
Segunda parte: **EL RAYO DE LA MUERTE**
La fantástica novela de mayor emoción, creación del idolo de todos los publicos

FLASH GORDON

3 pesetas